

LOS CELTÍBEROS Y LA GUERRA: TÁCTICAS, CUERPOS, EFECTIVOS Y BAJAS. UN ANÁLISIS A PARTIR DE LA CAMPAÑA DEL 153

Fernando Quesada Sanz

1. SIN PEDIR EXCUSAS: LA NECESIDAD DE UNA HISTORIA MILITAR CENTRADA EN LO MILITAR.

Abordaremos en este trabajo algunas cuestiones relacionadas con la práctica de la guerra entre los antiguos Celtiberos desde un punto de vista militar. En fechas recientes se ha publicado una renovada y relativamente abundante bibliografía desde la perspectiva puramente arqueológica de la tipología y evolución del armamento¹, y también desde una óptica mucho más amplia y de base antropológica, entendiendo la práctica de la guerra como una actividad social con profundas ramificaciones e interrelaciones políticas, religiosas, institucionales y económicas en el ámbito indoeuropeo peninsular². Pero, con ser éstos enfoques esenciales para comprender cabalmente el fenómeno bélico en las sociedades antiguas y modernas, también es cierto que la guerra en el mundo antiguo consistía, en último extremo, en enfrentarse con un enemigo en un campo de batalla o en una fortificación, en evitar ser herido o muerto por él, y en acabar con su vida o su capacidad de luchar como medio de obtener los fines deseados. Comprender los mecanismos mediante los que aquellos hombres combatían es, aunque resulte todo lo árido y 'políticamente incorrecto' que se quiera, fundamental para entender todos los

demás aspectos de la guerra -los sociales, institucionales, religiosos y económicos. No se puede hacer análisis del fenómeno bélico sin analizar y comprender lo mejor posible sus aspectos técnicamente militares, en último extremo los más vitales; sólo entonces se podrá poner en una perspectiva correcta el resto de la trama. Esta raíz de la Historia y la Arqueología militares ha adquirido mala fama en el ámbito académico como consecuencia de haberse convertido, en el s. XIX y principios del XX, casi en un feudo de militares que ejercieron de historiadores, especialmente en la escuela prusiana³, y por haberse ensimismado de tal modo en una visión de los ejércitos como fichas sobre un mapa que parecía haber olvidado el componente humano y la compleja trama de relaciones sociales que antes hemos citado. Cayó pues la Historia Militar 'técnica' desde los años sesenta sobre todo en un cierto descrédito como ocupación erudita y en último extremo estéril, etiqueta de la que todavía no se ha librado del todo ni siquiera hoy, cuando nuevas generaciones de historiadores y arqueólogos han mostrado fehacientemente su enorme valor para la comprensión integral de las sociedades antiguas⁴. Pese a todo, la realidad es tozuda y, poco a poco, los estudios puramente militares se van revitalizando como base para mejor entender las demás facetas de la Historia de la guerra.

En estas páginas nos ceñiremos, partiendo del estudio de los acontecimientos ocurridos en torno a Segeda y Numancia en el año 153, a tres temas con un alcance mayor que el aparente: los efectivos, la cuestión de la caballería y la de las tácticas. En efecto, todos ellos afectan a otras cuestiones más amplias: la táctica está necesaria e íntimamente relacionada con la estructura del ejército, y éste, en todas las sociedades de la Edad del Hierro del antiguo ámbito circunmediterráneo, es el reverso de la moneda de la estructura social, desde las asambleas galas a los comicios romanos, pasando por la composición de la falange hoplita. Los efectivos de los ejércitos son una función del tipo de estructura social y de la demografía. Finalmente la existen-

¹ Por ejemplo, y sin ánimo de ser exhaustivos, a partir de 1989-90: Argente *et al.* (2001); Baquedano, Beltrán (1997); Barril (2003); Cabré de Morán (1990); Cabré de Morán, Baquedano (1991, 1997); Cabré de Morán, Morán Cabré (1989, 1991); Filloy (1002); Filloy, Gil (1997); García-Soto (1989); Hernández, Solana (1999); Iriarte *et al.* 1996; Jimeno *et al.* (2004); Lenerz (1991); Lorrio (1993, 1994, 1997, 2002, 2004); Moret, Quesada (2002), Quesada (1990, 1997, 2004, 2005); Ruiz Vélez (2005); Sanz Mínguez (1990, 1998, 2002); Stary (1994); Torre, Berzosa (2002). La bibliografía clásica se encontrará abundantemente citada en estos trabajos.

² Bibliografía en la que a menudo es difícil desligar lo referido a la Celtiberia estricta de ámbitos cercanos o no tan cercanos como el mundo vacceo, vetón, lusitano o incluso galaico y astur. Por ejemplo, Almagro Gorbea (1997); Almagro Gorbea, Lorrio (2004); Bermejo (1981); Berrocal (2004); Caro (1990); Ciprés (1990, 1993, 2002); Fernández Canosa (1987, 1988); García Huerta (1997); García Fernández-Albalat (1990, 1993-94); García Gelabert (1999); García Teijeiro (1999); Gomez Espelosin (1993); Gómez Fraile (1999); Lorrio (1997); Moret, Quesada (2002); Muñiz Coello (1995); Parcero (1997); Peralta Labrador (1990; 1991); Pérez Vilatela (1999); Ramírez Sánchez (2005); Salinas (1998, 1999, 2001, 2005); Sánchez Moreno (2001, 2002, 2002-2003, 2005); Sánchez Corriendo (2000); Sopeña (1993).

³ Delbrück (1920 reed. 1990; Kromayer, Veith (1912, 1928).

⁴ Sobre todo, Hanson (1999); Luvaas (2001). Ver entre las obras seminales de la 'nueva' Historia Militar: Keegan (1978, 1995); Hanson (1989, 1991, 1998); de Vries (1978); Goldsworthy (1996), Sabin (2000) etc.

cia de caballería, tan a menudo relacionada indisolublemente a la de aristocracias ecuestres, debe ser analizada desde una diferente perspectiva.

Nos ceñiremos exclusivamente al ámbito celtibérico (evitaremos cuidadosamente contaminar la información con datos tomados de regiones vecinas pero distintas, en particular del mundo ibérico⁵, lusitano, astur y galaico, aunque sí utilizaremos datos del ámbito vacceo y vetón, que aunque quizá no sean Celtiberia en el sentido más estricto del término, por vecindad geográfica y cultural pueden ser comparables aunque no asimilables como se viene a menudo haciendo en numerosas síntesis y reuniones científicas.

2. LA CAMPAÑA DE NOBILIOR FRENTE A SEGEDA Y NUMANCIA.

Nuestra principal fuente de información sobre la campaña en torno a Segeda y Numancia entre los años 154-150 a.C. es Apiano (*Iber.* 44-47). Junto a él contamos con otras referencias menores debidas a Diodoro (31, 39-41), al epitomista de Tito Livio (*Per.* 47, 13-14) y a Floro (1, 34, 3)⁶. Es muy de lamentar que los textos originales tanto de Polibio como de Livio se hayan perdido, y que sólo conservemos noticias a través de una fuente mucho más tardía como Apiano, ya que los resúmenes de Diodoro, Floro y la brevísima referencia de las Periocas, aunque importantes, resultan poco informativos.

2.1. EL ORIGEN DE LA CAMPAÑA.

En síntesis, Roma declaró en 154 a.C. la guerra a los Belos, cuya capital estaba en Segeda (Apiano *Iber.* 44). Segeda era una ciudad grande y poderosa (Apiano *Iber.* 44) [o pequeña y todavía débil pero en crecimiento (Diodoro 31, 39)]. El detonante fue la decisión de los segedenses de ampliar su circuito de murallas y de integrar por al fuerza a sus vecinos los Titos (Apiano *Iber.* 44) [o por simple crecimiento natural, Diodoro 31, 39]. Tal cosa contravenía

⁵ Para el que ya hemos hecho estudios similares, cf. Quesada 1997, 2003.

⁶ Por orden cronológico. Diodoro (*fl. c.* 40-30 a.C.) - según Schulten utiliza a Polibio y luego Posidonio-; Livio (*fl. c.* 10 d.C.) y sus epitomistas Floro (*fl. c.*) y las Periocas más tardías. Mucho más tardía es la única fuente verdaderamente informativa, esto es, Apiano (*fl. c.* 150 d.C.). Según Schulten (1937, 3 ss.) Apiano bebería de Posidonio quien a su vez lo habría hecho de Polibio (*fl. c.* 120 a.C.). Si Schulten estaba en lo cierto -y las coincidencias en nombres propios y detalles así pueden indicarlo- la fuente última para los acontecimientos del 153 a.C. podría haber sido Polibio, una de las mejores posibles.

según Roma el tratado firmado décadas antes en 179 a.C. por Tiberio Sempronio Graco (Apiano, *Iber.* 44; Diodoro 31, 39)⁷.

Para evitar que el cónsul llegara a *Hispania* demasiado tarde como para iniciar una campaña efectiva, se decidió ese año adelantar los comicios a las calendas de Enero en lugar de las de Marzo (Livio *Per.* 47, 13-14; ver Schulten 1937, 11), dando así tiempo a formar el ejército, embarcarlo, organizarlo en *Hispania* y tener tiempo efectivo para la campaña antes de la llegada del otoño-invierno.

Así, el cónsul Nobilior marchó a *Hispania* con casi 30.000 hombres (Apiano *Iber.* 45).

Los segedenses, incapaces de terminar la muralla a tiempo (Apiano *Iber.* 45), pidieron ayuda a los numantinos, aliados y consanguíneos, quienes acogieron a sus hijos y mujeres, y se aprestaron a colaborar militarmente (Apiano *Iber.* 45, Floro 1, 34, 3).

Segedenses y numantinos eligieron como general a un segedense llamado Caro (Apiano *Iber.* 45), quizá según Schulten (1937, 9) el mismo Caciro de Diodoro (31, 39), aunque éste es un anciano (*presbitero*), así que, o son personas diferentes, o Diodoro añadió de su cosecha el rango por edad. Es sólo posible que el Megaravico de Floro (1, 34,3) sea un sobrenombre de Caro (Schulten *FHA* 1937, 10 lo duda; en 12 lo afirma; *pro* también *BCG* nota 314, 199).

2.2. PRIMERA BATALLA: EMBOSCADA A GRAN ESCALA.

Sólo tres días después de su elección, Caro apostó en un bosque o espesura (*lochme*) a 20.000 infantes y 5.000 jinetes en emboscada (vbo. *enedreuō*) y atacó a los romanos en columna de marcha (Apiano *Iber.* 45). El combate, incierto al principio, terminó en un gran triunfo sobre los romanos, que perdieron 6.000 muertos (el vbo. empleado es *kteinō*) (*ibid.*). Sin embargo, en la fase de persecución, un contraataque de la caballería romana que custodiaba los bagajes resultó en la muerte de 6.000 celtiberos, incluyendo a su general Caro. Sólo la noche puso fin al combate (Apiano *Iber.* 45). Estó ocurrió el 23 de Agosto, fecha en lo sucesivo considerada nefasta (Apiano *Iber.* 45). Esa misma noche los arévacos se reunieron en Numancia y eligieron nuevos generales: Ambón y Leucón (Apiano *Iber.* 46).

⁷ Sobre Belos y Titos, síntesis en Burillo (1998, 159 ss.) Bien ubicada ya Segeda en Poyo de Mara, ya es absurdo seguir colocando a los belos hacia el Oeste como quería Schulten en 1914.

2.3. SEGUNDA BATALLA ANTE NUMANCIA (APIANO *IBER.* 46).

Nobilior llegó tres días más tarde, levantó su campamento a unos 4.5 Km. de Numancia (Apiano), al tiempo que recibía como refuerzo 300 jinetes nómadas y diez elefantes. Al atacar a los Celtíberos, los elefantes causaron un gran efecto psicológico y los romanos llegaron junto a las murallas de la ciudad. Entonces, un elefante herido por una piedra enloqueció y, excitando a sus compañeros, todos se volvieron contra los propios romanos que hubieron de retirarse desordenadamente, perdiendo tres elefantes y 4.000 muertos (vbo. *kteinô*); los celtíberos perdieron de torno a 2.000 muertos (vbo. *apothnéskô*).

2.4. COMBATE ANTE AXINIO Y TERCERA DERROTA (APIANO *IBER.* 47).

Apenas recuperado de este segundo 'desastre', Nobilior atacó la ciudad de Axinio donde los Celtíberos habían almacenado provisiones. Volvió a ser vencido sufriendo 'muchas bajas' (*alla kantautha pollous apobalôn*).

2.5. NUEVA EMBOSCADA. (APIANO *IBER.* 47).

Nobilior envió entonces a un oficial a conseguir caballería auxiliar indígena de una tribu vecina; esta fuerza sufrió una nueva emboscada a su regreso y, aunque los aliados consiguieron escapar, la fuerza romana fue derrotada y 'muchos' romanos cayeron.

2.6. TRAS CUATRO DERROTAS SUCESIVAS NOBILIOR SE REFUGIA EN SU CAMPAMENTO. (APIANO *IBER.* 47).

En medio de esta sucesión de desastres, la ciudad de Ocilis, antes aliada de Nobilior, se pasó a los Celtíberos⁸. Nobilior se encerró en su campamento a invernar y allí sufrió de nuevo muchas bajas en el invierno por congelación y enfermedad.

2.7. LLEGADA DE CLAUDIO MARCELO EN EL 152. (APIANO *IBER.* 48).

El sucesor de Nobilior llegó con 8.000 infantes y 500 jinetes, escapó a una emboscada, acampó delante de Ocilis y consiguió su sumisión. A partir de entonces se enderezó la situación para los romanos.

⁸ Identificada con Medinaceli por Schulten (1937, 12), hoy hay serias dudas (Burillo 1998, 200, 246). Otros autores modernos aceptan la identificación con Medinaceli (Salinas 2005, 430), aunque está demasiado al sur.

3. ANÁLISIS A LUZ DE LA PROBABILIDAD MILITAR INHERENTE.

Hasta aquí los acontecimientos principales de la campaña de Nobilior tal como son descritos por las fuentes -casi en exclusiva Apiano-. Hay cierto grado de detalle en relación con los movimientos de tropas, efectivos, bajas y consecuencias, que parecen en principio coherentes. De hecho, muchas de las síntesis históricas sobre las guerras celtibéricas aceptan básicamente los datos tal cual los proporciona Apiano, sin someterlos a mayor crítica, en especial en el caso de las cifras de efectivos y bajas. Es el caso por ejemplo de Montenegro (1986, 87, quien asume -89- que del ejército de Nobilior sólo habrían quedado 5.000 hombres); Asensio (1995, 105); Roldán y Wulff (2001, 152); Almagro-Gorbea (1997, 220); Salinas (2005, 430), etc. Conviene sin embargo analizar con un poco más de detalle lo que nos transmite Apiano, a la luz de los datos arqueológicos recientes y también de la 'Probabilidad Militar Inherente'. Este último es un concepto acuñado por el militar e historiador A.H Bume en su clásico *The Hundred Years' War* para "the solution of an obscurity by an estimate of what a trained soldier would have done in the circumstances" (ver también Keegan 1978, 32, para quien 'used with circumspection, is a rewarding and as well as intriguing concept'). Por extensión, se utiliza mediante la aplicación de principios generales de la ciencia militar a problemas sobre los que nos faltan datos o en los que éstos plantean problemas⁹.

No entraremos en la primera parte -los orígenes de la campaña- salvo para indicar que, según los datos arqueológicos más recientes exhumados por F. Burillo, en efecto el yacimiento de Segeda I-Poyo de Mara presenta huellas tanto de una extensión de la ciudad en fechas coincidentes con el sinecismo descrito por Apiano y Diodoro, como de la construcción inacabada de una potente muralla de más de cuatro metros de grosor (Burillo 2005, 147); en todo caso para F. Burillo la extensión de Segeda -42 Ha de las que al menos 17 estarían habitadas- reivindica la descripción de Apiano más que la de Diodoro y justifica el temor de Roma. La identificación de Segeda I en la zona de Poyo de Mara-Belmonte de Gracián o de Peregil, al SE de Calatayud, propuesta por Schulten en 1937, 7) ha sido confirmada por Burillo sin lugar a dudas (1998, 159-160, 2005).

⁹ Por ejemplo, "By applying Inherent Military Probability, an archaeologist should quickly be able to distinguish an old fire-plow line (which is topographically indefensible) from an eroded infantry trench" (ver <http://www.drfarchaeology.com/Content/COSCAPA/Newsletter%20XXII%203.htm>); <http://www.cr.nps.gov/hps/abpp/revwar/pdfs/ManualSect3.pdf>.

No es posible reconstruir con fidelidad los movimientos de tropas dado que no conocemos la ubicación de Ocilis y de Axinio, que deben quedar en el área entre Segeda y Numancia, quizá al Sureste de esta última, y a pocas jornadas de marcha de distancia unas de otras. Sí es interesante la observación de Apiano en el sentido de que los Celtíberos habían almacenado pertrechos en la ilocalizada Axinio: el mero hecho de la acumulación de provisiones implica una concepción de la guerra más compleja que la mera emboscada o el saqueo, una planificación de necesidades y una cierta complejidad logística que Nobilior se creyó en la necesidad -y en situación- de dañar mediante su fallido asalto.

4. LA CUESTIÓN DE LOS EFECTIVOS.

Algo más podemos discutir la cuestión de los efectivos. Puede negarse de entrada cualquier fiabilidad a las fuentes literarias en este tema, pero, como ya analizamos en otra ocasión (Quesada 1998, 176) el conjunto de las fuentes sobre las guerras Celtibéricas es bastante coherente entre sí, y las cifras obviamente erradas o hinchadas salen a la luz con facilidad. Por otro lado, la crítica textual hace tiempo que ha permitido reconocer las fuentes más fiables de las que no los son¹⁰. Toynbee, por ejemplo, dedicó hace ya tiempo un detallado análisis específico a la fiabilidad de las cifras de efectivos militares (incluyendo *supplementa* y bajas) proporcionadas por Livio entre 218 y 167 a.C. (1965, 36-45) para concluir que en gran medida lo son; cualquier escéptico arqueólogo reluciente a aceptar el análisis de fuentes literarias, despachándolas como 'propaganda' o 'exageración' debería leer esas páginas, así como las de Baronowski (1993) y Rosenstein (2002).

Por tanto, conviene y es provechoso utilizar con prudencia los textos a la luz de lo que sabemos por otras fuentes como las arqueológicas, pese a que sin duda éstas últimas son menos precisas y plantean tantos o más problemas que las fuentes literarias, aunque de género diferente; lo que resulta absurdo es rechazar 'por principio' la información literaria. Volveremos sobre esta cuestión algo más adelante.

Por un lado, nos dice Apiano que **el ejército de Nobilior** se aproximaba a los 30.000 hombres. Esta cifra corresponde a la de un ejército consular completo de dos legiones y sus dos correspondientes *alae* de aliados itálicos (en primer lugar, Schulten 1937, 11; en último Goldsworthy 2003, 26-28) junto con algunos con-

tingentes de tropas reclutadas localmente. En efecto, aunque Polibio (6, 20, 8-9) nos informa de que la dimensión estándar de una legión era de 4.200 infantes y 300 jinetes hombres, también nos dice (6, 20, 7) que ese número podía variar en ocasiones hasta 5.000 infantes aunque el número de triarios era fijo (6, 21, 7). De hecho, en otras ocasiones varía en Polibio tanto el número de infantes como el de jinetes (entre 200 y 300) (ver Sumner 1970, 67), hasta el punto que J. Roth, utilizando además a Livio y otras fuentes, llega a afirmar con razón que "*El número de hombres en una legión republicana en campaña oscilaba entre 3.000 y 6.000 infantes y de 200 a 400 jinetes [...] No existía un tamaño regulado para la legión republicana, y sus efectivos variaban de año en año. La legión republicana tenía un tamaño habitual, que creció de 4.000/4.200 infantes en el s. III a.C. a 5.000/5.200 en el s. II a.C. Las fuentes disponibles difieren entre sí sobre el tamaño de la legión republicana porque ésta no tenía unos efectivos estandarizados*" (Roth 1994, 347; también Hildinger 2002, 21). Puesto que cada ala de *socii* contaba con el mismo número de infantes y el triple de jinetes que una legión (Polibio 6, 26, 7), se deduce que un ejército consular podría en principio contar con entre unos 16.000 a 20.000 infantes y de 1.600 a 3.200 jinetes romanos e itálicos, esto es, de entre unos 17.000 a 23.000 hombres. Puesto que sabemos que era costumbre desde mucho antes reclutar tropas auxiliares indígenas, la cifra cercana a los 30.000 hombres de Apiano es perfectamente normal, aunque sólo sería aplicable al comienzo de una campaña, antes de que el desgaste normal por operaciones y enfermedad comenzara a erosionar la fuerza nominal.

En cuanto a los *efectivos combinados de belos, titos y arévacos* o al menos numantinos -si hemos de seguir a Apiano- se aproximarían a los 25.000 hombres, de ellos 5.000 jinetes, una fuerza en todo comparable a la romana. En lugar de aceptar o no esta cifra sobre la sola información de Apiano, podemos aproximarnos a los recientes estudios sobre demografía histórica celtibérica para tratar de determinar si al menos en orden de magnitud puede aceptarse una cifra semejante.

Se vienen empleando en fechas recientes diferentes criterios complementarios por parte de diversos autores para la demografía prerromana.

En primer lugar, algunos estudios recientes plantean una *estimación demográfica de base estrictamente arqueológica* a partir del área ocupada por los poblados, el número de viviendas en su interior, y un módulo multiplicador estimado de habitantes por vivienda. El problema del sistema es que ha de calibrar con un amplio grado de indeterminación quizá demasiadas variables: que los poblados conocidos representen la pobla-

¹⁰ Para el caso de la Iberia prerromana ver en particular las síntesis de Quesada (1997, 26-31) y Gracia (18-25), más crítico el segundo.

ción total; extrapolar densidades de viviendas en áreas excavadas al conjunto de la superficie de los poblados; determinar la proporción de viviendas reales frente al total de estructuras construidas y de espacios vacíos y públicos, y finalmente asignar un módulo de habitantes por vivienda -los valores más comunes van de 4 a 6, una oscilación muy grande.

Las diferentes estimaciones hechas para la Celtiberia utilizan valores amplios. Almagro Gorbea (2001, 53 ss., ver también Almagro Gorbea, Dávila, 1995) propone un factor multiplicador de 5-6 personas por vivienda u 'hogar', y supone -sobre la base del caso de Numancia sobre todo- que sólo un 60% de la superficie de los poblados estaría cubierto por viviendas, concluyendo que las cifras obtenibles para los *oppida* celtibéricos concuerdan en orden de magnitud con los datos sobre tamaños de los ejércitos proporcionados por las fuentes, con cifras de 600/720 habitantes por Ha intramuros¹¹ -ya que sostiene que la densidad habitada normalmente se subiría hasta 1000 h/Ha. en caso de guerra, por incorporación de la población del territorio (Almagro Gorbea 2001, 56)¹². Esto daría unos 4.500-5.500 habitantes para las 7.6 Ha de la Numancia del 133 a.C. (Jimeno, Tabernero 1996, 422-423 para la superficie; Almagro Gorbea 2001, 54 corregido para los habitantes).

Otras estimaciones son sin embargo tan distintas como para ser incompatibles salvo en la más laxa estimación de órdenes de magnitud. Así, mientras que Lorio se aproxima a las estimaciones de Almagro Gorbea al considerar que las casas medias celtibéricas tendrían entre 20 y 75 m² (Lorio 1997, 93 ss.), Jimeno y Tabernero (1996, 429) asignan un valor medio de 80 m²

¹¹ Recalculando sus datos de partida: casas de 50m²., ocupación de viviendas del 60% del espacio y factor de 5-6 habitantes por vivienda.

¹² En general, 1000 habitantes por Ha ha sido una cifra máxima aceptable para una aglomeración antigua de tipo urbano. Es la admitida por Naroll (1962, cit por Alvarez Sanchis y Ruiz Zapatero 2001, 63) y coincide en orden de magnitud con las suposiciones recalculadas de Almagro Gorbea para la Celtiberia (2001, 53). Dada una casa media de 50 m², una proporción de 5-6 habitantes por vivienda, y un 60% de superficie de viviendas dentro de un recinto amurallado, 1 Ha de poblado tendría 600-720 habitantes (10.000m²*60%=6000; 6000/50=120 casas por Ha total intramuros, a 5-6 habitantes por casa, da 600-720 habitantes por Ha de área total intramuros, o unos 1000 habitantes por Ha de área efectivamente ocupada por viviendas). Gracia *et al.* (1996, 178 ss.) discuten el índice de Naroll (1962) concluyendo que se debe aplicar el índice de 1h/10 m² (=1000 h/Ha) sobre la superficie ocupada por viviendas del poblado y no sobre el total de superficie. El problema radica, claro está, en la dificultad de determinar para la casi totalidad de los poblados ibéricos o celtibéricos la superficie real ocupada por viviendas; el 60% que se viene utilizando no deja de ser una convención (Gracia *et al.* 1996, 182; Jimeno, Tabernero (1996, 429); Almagro Gorbea (2001, 54).

-y no de 50- a las casas de Numancia celtibérica, y un coeficiente multiplicador de sólo 4 habitantes por hogar en lugar de 5-6¹³, lo que automáticamente debería bajar en la misma proporción las estimaciones de habitantes por Ha a menos de 350; de hecho, Jimeno propone una población para las 7.6 Ha de la Numancia del s. I a.C. de unos 2.000 a 2.500 habitantes, y menor aún la del s. II a.C., incompatible por muy baja con cualquiera de las cifras de las fuentes literarias, a no ser que se admita un aporte masivo de población de la *chora* en caso de guerra (en la misma línea, Alvarez Sanchis, Ruiz Zapatero, 2001, 69-70). Ruiz Rodríguez (2000, 13) supone un coeficiente multiplicador de 4.5 por vivienda, mientras que Burillo (en prensa) aplica 5, y ambos estiman que un reclutamiento normal supondría un miembro de cada familia (i.e., un 20% de la población total), lo que en principio parece razonable, siempre y cuando se deduzca un porcentaje para excepciones que, teniendo en cuenta enfermedades, muertes anteriores y otras excepciones, podría suponer un valor elevado.

F. Burillo (en prensa b) ha recogido en un reciente trabajo otras estimaciones realizadas para *oppida* concretos en distintos ámbitos de la Península, con estimaciones que oscilan entre 400 h/Ha intramuros en los grandes centros del ibérico pleno del NE¹⁴, 208-278 para Numancia, 381 h/Ha para Kelin y 320 a 400 h/Ha para Villasviejas de Tamuja. Utilizando esta horquilla de valores Burillo propone para la Segeda del s. II, con sus 17 Ha ocupadas dentro de un recinto murado de 40 Ha, una población de entre 3.500 y 8.500 habitantes, rango obviamente demasiado amplio que da idea de las dificultades de estimación. A nuestro juicio, valores de en torno a 400-500 h/Ha para los *oppida* celtibéricos de urbanismo denso no están fuera de lugar, siendo algo bajos los inferiores a 400. Esto daría una población estable de unos 6.800-8.500 habitantes para Segeda y unos 3.000-3.800 para Numancia.

En conjunto, e independientemente del criterio, cualquiera de las cifras barajadas como posible población de Numancia o Segeda es incompatible con las cifras de guerreros que proporcionan las fuentes, (entre 4.000 y 8.000 hombres para Numancia); esto implica cifras de

¹³ Sobre el problema del índice multiplicador de habitantes por unidad de vivienda u hogar, que varía muchísimo, ver un útil resumen en Gracia *et al.* 1996, 180 ss.), quienes emplean un valor de 4 a 5. Sobre la enorme variación posible en la superficie media de las viviendas en los poblados del área ibérica, ver *ibidem* Cuadro 1. Estos autores asignan una superficie media para poblados ibéricos levantinos de 22.4 m², menos de la mitad de los valores normalmente asignados a la Celtiberia.

¹⁴ Sanmartí, Belarte (2001, 167). La cifra de 400 habitantes /Ha se extrapola a partir del pequeño asentamiento de Alorda Park

población que han necesariamente de incluir una amplia población que en circunstancias normales viviría dispersa en granjas y aldeas en la *chora* de la ciudad. Como no hay datos suficientes de prospección, la estimación de la población del territorio debe partir de estimaciones de densidad de población en el conjunto del territorio, a las que sólo se puede llegar mediante la demografía histórica y la comparación con zonas bien prospectadas.

Recientemente M. Almagro Gorbea (2001, 47) ha partido de la asunción de la viabilidad comparativa de la *etnografía histórica*, considerando que en las zonas de la Serranía de Albarracín, el señorío de Molina y la serranía soriana las condiciones del paisaje y la tradición cultural hacen viable una comparación con patrones de poblamiento recientes, incluso de fines del s. XIX (empleando por ejemplo la relación hogares/habitantes, las tablas de quintos, etc.). Almagro concluye que son asumibles unas densidades de población de entre 5 y 13 h/Km² (2001, 51), y una proporción de 4 a 6 habitantes por 'hogar' (2001, 50), partiendo de la base de que las cifras más bajas corresponderían a las zonas más serranas y agrestes. el total de la Celtiberia (45.000 Km²) tendría entre 225.000 y 585.000 habitantes sería la densidad de población asumida. En su estimación, una densidad de unos 10h/Km² sería en cambio aceptable en zonas como el valle medio del Ebro o la cuenca del Jalón, densidades todavía según él conservadoras ya que son menores que las proporcionadas por Plinio para época altoimperial en la zona del Noroeste peninsular. En todo caso, con sus propios datos, basados en los cálculos anteriores de extensión, densidad y relación hogares/vecinos, Almagro calcula que la población en la mejor edad de combatir *-iuventus-* supondría en torno a un 8-9% del total de la población, entre 18.000 y 50.000 hombres según sus diferentes estimaciones, cifra que subiría en caso necesario al incluirse grupos de edad mayores, duplicando o incluso triplicando esos valores iniciales (i.e., de 54.000 a 150.000 hombres en pura teoría, cubriendo a un 24-27% del total de la población). Almagro coteja estas cifras teóricas con las proporcionadas por las fuentes, para concluir que '*los anales sobre los grandes enfrentamientos militares en tiempos de la conquista de Roma parecen acordes con los que se deducen de extrapolar a la Cultura Celtibérica los datos conocidos sobre la estructura del territorio y la composición de época medieval y moderna de las tierras de la Celtiberia meridional*' (2001, 52).

La estimación del 8 al 9% del total de la población como *iuventus* movilizable de Almagro Gorbea (2001, 52), es un punto de partida aceptable, aunque a la vista de los datos de Keeley (1996, 34 ss.; Figura 2.1, Tabla 2.6) sobre porcentajes de población movilizada en diferentes

periodos y tipos de guerra, no parece posible llegar a triplicar esa proporción en caso de gravísimo peligro, sino como mucho duplicarla (*infra*). Como se observa en la Tabla 1, según tres posibles ejércitos documentados para Numancia y los Celtíberos (de 4.000, 8.000 y 25.000 hombres)¹⁵, y asumiendo grados de esfuerzo diferentes (8% de la población total, *iuventus* normal), 15% (esfuerzo máximo normal) y 22 % (esfuerzo máximo conocido, *cf.* Keeley 1996 y López de Sebastián 1968)¹⁶, las poblaciones posibles correspondientes a esos efectivos militares oscilan mucho, pero en todo caso superan con mucho las de los *oppida*, e implican un porcentaje de población que vive en el campo bastante elevado, sobre todo en la hipótesis más probable de que los ejércitos de campaña celtíberos de 153-133 a.C. no superaran normalmente el 8-10% de la población total (o aproximadamente el 16-20 % de la masculina, descontando niños, ancianos e impedidos).

De la Tabla 1, se puede deducir que si las cifras de Apiano fueran correctas, y si hacia el 153 a.C. el ejército coaligado de belos, titos y arévacos probablemente no superara el 8% del total de habitantes (o 16% de la población masculina), ello implicaría una población total de unas 312.000 personas para un territorio estimable en unos 31.250 Km² (extensión según Burillo e.p.), perfectamente dentro del valor medio de la horquilla propuesta por Almagro, ya que implicaría una densidad de población en el territorio de 10 habitantes por Km², normal en las zonas más favorecidas del conjunto de la Celtiberia, e inferior al del Noroeste peninsular en época romana. Además, una densidad de 10h/Km² es muy inferior a los 14-15 h/km² calculados por J. Sanmartí para la zona costera catalana (Sanmartí 2002, 27-28).

Si por el contrario, el esfuerzo de la coalición del 153 a.C. hubiera sido mucho mayor, alcanzando el 15% de la población total -y el 30% de la masculina, máximo razonable para un ejército *de campaña-*, ello supondría para el mismo territorio una población de unos 167.000 habitantes, o unos 5/6 Habitantes por Km², en la gama

¹⁵ 4.000 (Livio *Per.* 55,9, y siguiéndole, Floro 1, 34 y Orosio 5, 7); 8.000 (Apiano, *Iber.* 76; *Iber.* 97) y menos de 10.000 (Veleyo Patérculo 2,1). Apiano por su lado (*Iber.* 45) nos da, como hemos visto, 25.000 hombres para la confederación de belos, titos.

¹⁶ En el censo de Aranda de 1768 los varones de los grupos de edad entre 16 a 50 años -horquilla máxima de posibles combatientes- suponían en España el 49.8% de la población masculina, o el 24.5% del total de la población (López de Sebastián 1968:15). Descontando un porcentaje de enfermos, ausentes o impedidos en un momento dado, la cifra máxima posible de movilización se acerca muchísimo al 22% de población movilizable en caso de esfuerzo supremo que calcula Keeley con ejemplos etnográficos.

Tamaño ejército según fuentes	Población total si se le supone un 8%	Población total si se le supone un 15%	Población total si se le supone un 22%
4.000 h.	50.000	26.000	18.000
8.000 h.	100.000	53.000	36.000
25.000 h.	312.000	167.000	113.000

Tabla 1.

baja de las estimaciones de densidad de población estimadas por Almagro.

Invirtiéndola argumentación, si partimos de una estimación razonable de densidad de población, y conocida la extensión territorial, de 31.250 Km², podemos estimar si las cifras de Apiano son plausibles. Si aceptamos los valores de entre 5 y 10 h/Km² propuestos por Almagro, para 31.000 Km² tendríamos una población posible de entre 155.000 y 310.000 personas. Un ejército de 25.000 hombres implicaría así entre el 16 y el 8% de la población total (o el 8-4% de la población masculina), muy dentro de lo razonable.

Si ahora suponemos un *esfuerzo máximo posible* de un 20-22% del total de la población (40-44% de la población masculina), coincidente con el propuesto por F. Burillo (en prensa b) de una persona por familia de cinco, y cercano a la idea de Ruiz (2000, 13) de 1 persona por cada 4.5, estaríamos partiendo de una población de unas 113.000-125.000 personas para toda la zona, esto es, una baja densidad de población - para 31.000 Km²- de 4 h/Km², perfectamente asumible para la Edad del Hierro e incluso quizá demasiado baja.

Finalmente, sólo si aceptamos como probables cifras de densidad de población para Celtiberia *muy* inferiores a los 4 h/Km², entonces llega a ocurrir que 25.000 hombres resultan una cifra excesiva en cualquier hipótesis de proporción de guerreros sobre el total de población.

Un último enfoque distinto de análisis demográfico parte del *análisis de los cementerios* como muestra de la población. De nuevo hay que evaluar un número importante de incógnitas, entre las que se cuentan que el -o los- cementerio/s conocido/s sean los únicos del poblado; estimar la proporción del total de población que se enterraría en ese o esos cementerios (sesgo social o no), precisar su duración, etc. El trabajo más completo en este sentido para la Hispania céltica es el de Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero (2001), que encuentra amplias variaciones en el tamaño de los cementerios y su correspondencia con comunidades de vivos, resultando en general en cifras de población correspondiente a los cementerios inaceptablemente bajas. En particular, en el área celtibérica que ahora nos interesa

los tamaños de comunidades que se obtienen a partir de los cementerios son muy pequeñas, de entre alquerías y aldeas con 5 a 25 hogares (La Yunta, Riba de Saelices, Arcóbriga, Alpanseque...); poblados de 20 a 75 casas, y comunidades 'grandes' de sólo 400-600 personas (Aguilar de Anguita). Estas cifras obviamente no concuerdan ni con las fuentes literarias, ni con la etnología comparada, ni siquiera con la extensión de los poblados conocidos; por ejemplo, el caso de la necrópolis de Carratiermes arrojaría un tamaño de poblado de 40-50 habitantes para Tiermes, '*población muy escasa, que a todas luces refleja el carácter parcial de la excavación y, probablemente, la existencia de otros cementerios*' (Álvarez Sanchís, Ruiz Zapatero 2001, 70). Exactamente el mismo problema aparece en el ámbito ibérico, lo que lleva a concluir que los cementerios no son una muestra real de la población, con un claro sesgo social (Sánchez Meseguer, Quesada, 1990; Gracia *et al.* 1996, 188).

Las *fuentes literarias* por sí solas también plantean dificultades y posibilidades. Los datos más completos se refieren a Numancia. Diferentes autores proporcionan como hemos visto cifras, para las décadas centrales del s. II a.C., de 4.000 combatientes (Livio, *Per.* 55,9, y siguiéndole, Floro 1, 34 y Orosio 5, 7); 8.000 (Apiano, *Iber.* 76; *Iber.* 97) y menos de 10.000 (Veleyo Paterculo 2,1). Apiano por su lado (*Iber.* 45) nos da, como hemos visto, 25.000 hombres para la confederación de belos, titos y arévacos. Obviamente cualquier relación entre estas cifras y los dos *oppida* citados es imposible: cualquiera que sea el coeficiente multiplicador que apliquemos (de 300 a 720 habitantes por Ha intramuros, como se ha visto), las cifras de guerreros superan con mucho las capacidades estrictas de los *oppida* de Numancia o Segeda, que en el mejor de los casos no habrían superado nunca los 5.000 y 12.000 habitantes respectivamente, y casi con total seguridad muchos menos (estimaciones máximas en torno a 3.000 y 7.500 parecen más aceptables). Volvemos a la necesidad de aceptar una población importante dispersa en el campo, que es perfectamente aceptable desde el punto de vista de las densidades de población posibles para esta zona y periodo (*supra*).

En conjunto, pues, no parece que ninguna de las cifras proporcionadas por los autores para

el ejército de belos, titos y arévacos, o para Numancia, sean excesivas o increíbles desde la perspectiva de los análisis recientes de demografía arqueológica.

Hay además todavía dos razones más, independientes del análisis arqueológico y de demografía histórica, por las que creemos plausibles las cifras proporcionadas por las fuentes literarias. Por un lado, la coherencia interna sistemática de las cifras de efectivos que las mejores fuentes (Polibio, Livio, y en un segundo nivel Apiano y Diodoro) nos proporcionan (Quesada 1998, 177; 2003). En efecto, tanto en el contexto de las guerras celtibéricas (Solana 1994) como de las lusitanas (1994b), como en el de las campañas ibéricas de Indibil y Mandonio contra Roma (Quesada 2003, 141 ss.) las cifras aportadas por las fuentes son consistentes y coherentes entre sí, con ejércitos de cifras elevadas en el caso de las grandes campañas -pero normalmente sustancialmente inferiores en número a los ejércitos consulares romanos, como se observa en las tablas compiladas por Solana, (1994 y 1994b). En conjunto, los datos tanto para el mundo ibérico del nordeste como para el celtibérico permiten estimar contingentes de 1.000 a 2.000 hombres en situaciones normales, de 3.000 a 8.000 hombres para campañas dirigidas por ciudades importantes, y superiores a 20.000 hombres para el esfuerzo máximo de una confederación de varios pueblos (Quesada 2003:145). Las fuentes literarias más detalladas también son a menudo muy coherentes en la descripción de la estructura interna de un ejército ibérico o celtibérico, como es el caso del reunido por Indibil y Mandonio en 206 a.C., con un tercio de infantería ligera, dos tercios de pesada (en total 20.000 infantes) y 2.500 jinetes (Livio 28, 31; Polibio 11, 33) (Quesada 2003:143), o el propio de los segedenses y numantinos, con un 20% de caballería (*vid. infra*).

En segundo lugar, hay también una coherencia comparativa con el caso de Roma. Sabemos por los datos de la *formula togatorum* y del censo republicano recogidos por Polibio (2,24) y otros autores, que Roma en el 225 a.C. podría en teoría poner en el campo de batalla 770.000 soldados, incluyendo romanos y aliados. Brunt (1971, 44-55) calculaba que en realidad la cifra sería de 'sólo' 634.000 hombres en edad de combatir, de ellos 273.000 ciudadanos romanos del área lacial; Toynbee (1965, 479 ss.) recoge también la información de otros autores, que oscila en torno a los 800.000 combatientes potenciales, lo que indicaría una fuente común de partida fiable, quizá Fabio Pictor, aunque realiza una serie de cálculos que rebajan la cifra a 'solo' 532.000 infantes y 61.250 jinetes (Toynbee 1965, 6501). Los trabajos muy recientes de Baronowski (1993) y Rosenstein (2002), aunque matizando y corrigiendo aspectos, aceptan la fia-

bilidad básica de estos datos. Ante la magnitud de estas cifras fiables y consistentes, y aún aceptando una mucha mayor densidad de población - en varios órdenes de magnitud incluso- para el Lacio que para la Celtiberia, suponer que los 31.000 Km² de la Celtiberia implicada en la campaña de 153 a.C. tuvieran una densidad de población menor del 10% de la del Lacio sería ir probablemente demasiado lejos (ver Quesada 2003, nota 156).

En conjunto, pues, creemos que las cifras de efectivos de ambos bandos proporcionadas por las fuentes para la campaña de 153 a.C. son asumibles, aunque cabría pensar en una cierta exageración en el caso de las fuerzas celtibéricas, cuya magnitud no es mensurable con precisión alguna, con lo que resulta metodológicamente más aceptable ceñirnos a las fuentes existentes. Por lo que se refiere a las bajas, las cifras de Apiano plantean problemas diferentes que discutiremos luego.

5. LA CABALLERÍA DE LOS CELTÍBEROS.

Antes de discutir la cuestión de las bajas conviene analizar otra cifra parcial proporcionada por Apiano: los 5.000 jinetes que supuestamente se integrarían en las fuerzas celtibéricas, suponiendo un 20% del total del ejército, cifra muy elevada para lo normal en el Mediterráneo, pero no inusitada. Incluso si aceptamos que la cifra de caballería indicase sólo un orden de magnitud (habría miles y no cientos de jinetes), aún así se plantea un problema relacionado con su misma naturaleza. Por un lado, la caballería de un ejército consular como el de Nobilior normalmente no superaría los 2.500 jinetes itálicos (unos 600 de las dos legiones y unos 1.800 de los *socii*) más los que se pudieran reclutar localmente. Esto implica a su vez que el ejército celtibérico habría estado parejo o probablemente habría superado en número a la caballería romana y aliada, incluso si 2.000 o más jinetes locales (iberos o celtíberos del Ebro) se hubieran sumado a las fuerzas de Nobilior, cosa para la que no tenemos más datos que la certeza de que antes, durante y después del 153 a.C. los romanos reclutaron caballería auxiliar hispana. Así, en esa misma campaña, y tras su segunda derrota ante la muralla de Numancia, Nobilior buscó desesperadamente caballería local para reforzar la propia (¿consciente de su inferioridad?) (Apiano, *Iber.* 47). Al año siguiente, en 152, Marcelo pidió sólo en Nertóbriga 100 jinetes (Apiano *Iber.* 48). Lúculo lo haría en 151 ante Cauca (Apiano *Iber.* 52).

Antes de la guerra celtibérica del 153 a.C. la recluta de tropas hispanas, incluyendo jinetes, era normal (entre las referencias específicas a jinetes, Livio 26, 50, 14, año 209 a.C., 1.400 jinetes; Polibio 10, 40, año 208, referencia a 300

caballos; Livio 27, 38, año 207, 1.800 jinetes númidas e hispanos; Polibio 11, 20, año 207/206, 500 jinetes; Livio 40, 47, año 179 a.C., etc.).

En época cesariana los casos de jinetes hispanos al servicio de Roma son frecuentes, y se cuentan por miles de hombres (César *Bell. Gal.* 5, 26, 3, año 54 a.C.; Apiano *Bell. Civ.* 4, 88, año 49; César, *Bell. Civ.* 2, 40, año 49; César *Bell. Civ.* 3, 22, año 48; Cesar *Bell. Afr.* 39, año 48; Cesar *Bell. Afr.* 50, año 48; Plutarco, *M. Ant.*, 37, año 36, etc.).

En los últimos años se viene haciendo especial hincapié en el carácter aristocrático del caballo durante la Edad del Hierro, dado su evidente coste de mantenimiento, el aura de superioridad que siempre han tenido los jinetes, los paralelos mediterráneos, etc. (ver entre las publicaciones más recientes Quesada, Zamora, 2003; Almagro Gorbea 2005; Sánchez Moreno 2005 con la bibliografía anterior). Este aire aristocrático se vería reflejado, incluso en los siglos II-I a.C., en campos como la orfebrería (e.g. Almagro Gorbea, Torres 1999), la numismática (Almagro Gorbea, 1994), etc. Todo ello es cierto, en parte, pero a nuestro juicio no cuenta toda la historia. Ya en 1998 insistíamos en que las matizaciones por tiempo y espacio eran imprescindibles (Quesada 1998). Creemos haber argumentado razonablemente con datos iconográficos, arqueológicos y literarios que en efecto durante los siglos V-III a.C. no es posible hablar de la existencia de una verdadera caballería en el ámbito ibérico, que sólo surgiría a partir de la segunda mitad del s. III a.C., mientras que anteriormente el mundo del caballo habría estado ligado muy estrechamente al ámbito aristocrático. Sin embargo, las circunstancias son diferentes en el ámbito ibérico desde c. 230 a.C., y en el celtibérico desde al menos un siglo antes. Creemos haber mostrado en detalle (Quesada 1998, 176-178) que en el ámbito meseteño surgió una verdadera caballería ya en el s. IV; y 'caballería' implica la existencia de un número mínimo de 'jinetes' -ya no sólo de algunos 'caballeros'- que se cifra en cientos y eventualmente millares de jinetes, tal y como nos documentan las fuentes, por ejemplo los 5.000 jinetes de los belos, titos y arévacos que, como mínimo, nos informan de un orden de magnitud¹⁷. Dichas cifras -insistimos, incluso si sólo nos informan de órdenes de magnitud-, nos hablan del paso de cientos a millares de jinetes entre los siglos III y el I a.C., e implican una cabaña ganadera muy extensa (las remontas en campaña son imprescindibles y el desgaste de los caballos muy alto). En consecuencia no es posible mantener, como

a veces parece estar asumiéndose, que también en el s. II a.C. caballeros (aristócratas) y jinetes (militares) sean la misma cosa. En realidad, todo indica que para estas fechas, sobre todo en la Meseta pero también en el ámbito puramente ibérico, la cabaña equina se había extendido lo suficiente como para ser habitual en las granjas dispersas que hemos visto, la demografía debida a postular y accesible a grupos no aristocráticos. Tampoco hay el mínimo indicio de que los grandes jefes controlaran las cabañas equinas y las distribuyeran a sus 'clientes' en tiempo de guerra; y tal cosa va en contra de cualquier práctica conocida en otros lugares del Mediterráneo. Por tanto, y como se extrae claramente de lo que manteníamos en 1998, la 'caballería' de Segeda, como en general cualquier 'caballería' ibérica o celtibérica, no estaba compuesta por aristócratas.

Esto no quiere decir que la ideología aristocrática ecuestre, esencialmente conservadora, no se mantuviese, y que los líderes de los diferentes pueblos y comunidades no usaran la imaginaria ecuestre como símbolo o emblema sobre diferentes soportes, de las estelas funerarias a las monedas. Todo indica que el prestigio aristocrático del caballo se mantuvo incólume; pero por debajo de una elite aristocrática que empleaba todavía el caballo como símbolo e icono, existía ya una amplia capa social libre acomodada capaz de costearse caballos y de marchar con ellos a la guerra, a cientos y a millares incluso.

En este contexto adquiere más sentido la referencia de Livio (40, 47) cuando en un caso, y sólo en éste, especifica que en el año 179 a.C. los habitantes de Certima (cuya ubicación es problemática ya que no es claro que se sitúe en Celtiberia, Burillo 1998, 233; Asensio 1995, 127-129) fueron instados a entregar como garantía de fidelidad cuarenta jinetes específicamente nobles -no estrictamente como rehenes, sino como auxiliares con sus armas-: "*Sestertium quater et vicies ab iis est exactum, quadraginta nobilissimi equites: nec obsidium nomine (nam militare iussi sunt) et tamen re ipsa, ut pignus fidei essent*". Evidentemente no se trata de una fuerza práctica de caballería, sino de un grupo de jóvenes nobles, diferentes de los cientos o miles de jinetes que, como se ha visto, se venían reclutando como fuerzas efectivas entre los pueblos indígenas desde los años de la Guerra de Aníbal.

Por otro lado, el divorcio entre la iconografía ecuestre tal y como se refleja por ejemplo en la moneda (iconografía claramente tomada del ámbito helenístico, Arévalo 2003; Almagro 1994) y las prácticas militares reales muestra de nuevo la distancia entre las necesidades de las aristocracias ibéricas y celtibéricas, que buscaron un icono suficientemente representativo en un tipo helenístico de moneda que representaba un jine-

¹⁷ Ver Quesada 1998, Apéndice 1 para las fuentes tabuladas, completado por Seco y de la Villa 2003.

te pesado armado con *kontos*, y la realidad de la caballería peninsular que nunca se armó con esta lanza muy larga y pesada ni actuó en el campo de batalla con las tácticas de los *hetairoi* a caballo, sino más bien como caballería ligera o de línea que empleaba sobre todo las jabalinas o una lanza normal de hasta 250 cm. Es un ejemplo de 'falso amigo' iconográfico trasladar el icono prestigioso empleado en las monedas y otras representaciones a la realidad táctica (ver al respecto Quesada 2002-2003, 85-87).

En resumen, creemos que las fuentes son perfectamente creíbles cuando afirman que desde mediados del s. III -y aún desde antes en la Celtiberia- existía una verdadera caballería de jinetes no aristócratas, liderada por aristócratas caballeros, en números que pueden medirse en centenares para un pueblo, y en pocos millares para una federación, de tipo occidental, armadas sobre todo con jabalinas y lanzas cortas. En ese sentido la referencia de Apiano para Segeda en el 153 es razonable aunque quizá pudiera dividirse a la mitad la cifra de jinetes sin que la esencia de lo que hemos dicho se viera alterada.

Por lo que se refiere a las tácticas de la caballería celtibérica, nada nos autoriza a pensar que hiciera mucho más que arrojar jabalinas y, en ocasiones -pero no necesariamente siempre- desmontara para combatir a pie (Estrabón 4, 15; Diodoro 5, 33) entrenando a los caballos para esperar (Polibio *Fr.* 95); que a veces llevaran infantes ligeros a la grupa (Estrabón 4, 18) que desmontaban al llegar al campo de batalla. Ninguna de estas prácticas es exclusiva de Celtiberia, e incluso los romanos desmontaban en ocasiones para luchar a pie, incluso en Cannas (Polibio 3, 115, 1-3; Livio 22, 47, 1-3) y antes en Ticino (Polibio 3, 65, 8-11), y la mezcla de infantes y jinetes era practicada, entre otros, por los germanos (César *Bell. Gal.* 1, 48), los galos (César, *Bell. Gal.* 7, 36) y los númidas (Salustio, *Iug.* 59).

6. LAS BAJAS SEGÚN LAS FUENTES LITERARIAS.

Al contrario de lo que ocurre con las cifras de efectivos, las mayores dificultades para aceptar la narración de Apiano sobre la campaña de Nobilior derivan de lo que creemos que son cifras imposibles de bajas en ambos bandos.

En términos generales, en la Antigüedad son más fiables las cifras de efectivos de un ejército al principio de las campañas (cuando había recuentos de tropas, entrega de armas, etc.) y en los refuerzos enviados, que en las cifras muchas veces estimadas mitad de una campaña; y ambos guarismos son más fiables que las cifras de bajas, donde a menudo, y exageraciones pro-

pagandísticas aparte tanto por alto como por bajo¹⁸, a menudo se confunden muertos el total de bajas (que incluyen además heridos, desertores, hombres dispersos y rezagados). Además, a esas cifras de bajas habría luego que descontar los heridos leves, dispersos y rezagados que regresaban a filas en los días inmediatamente posteriores a una batalla.

Según las fuentes analizadas, nada más comenzar la campaña los Celtíberos habrían causado un desastre de muy serias proporciones a los romanos, ya que según Apiano, 6.000 habrían caído muertos (más un 20% de muertos si aceptamos un ejército de 'casi' 30.000 hombres). La cifra proporcionada por Apiano es casi sin duda y de acuerdo a la PMI, exagerada y casi con seguridad deba incluir no sólo muertos sino también heridos, ya que con una *ratio* -normal- de tres heridos por muerto, o incluso con una de 2:1¹⁹, 6.000 muertos habrían supuesto otros 12.000 a 18.000 heridos romanos más, incluso si los Celtíberos hubieran masacrado a los heridos incapaces de moverse, inflando la proporción de muertos respecto a heridos. Dichas bajas habrían destruido tan completamente al ejército de

¹⁸ Ver en la misma línea, pero con una postura más radical, Gracia Alonso (2003, 148).

¹⁹ La *ratio* de heridos a muertos es muy variable, incluso dentro de un mismo periodo o incluso en distintos combates de una misma campaña, pero hay al menos tres hechos firmes: el número de muertos es casi siempre (inmediatamente o como consecuencia de heridas fatales en las horas o días siguientes al combate) muy inferior al de heridos; esta *ratio* es peor entre los derrotados -a menudo rematados o no cuidados tras la batalla- que entre los vencedores; y en la Antigüedad, Edad Media y Edad Contemporánea hasta la época de los antibióticos -fines de la Segunda Guerra Mundial- las infecciones causaban una tasa de mortalidad elevada en heridas hoy curables, mortalidad compensada sólo en parte por la mayor letalidad de las heridas en la época del alto explosivo. Es difícil dar proporciones concretas universales, pero suele considerarse que una tasa de 1:2 a 1:3 muertos por cada herido recuperable es normal desde la Antigüedad a la Segunda Guerra Mundial. El US Army presenta esta tasa media desde la Primera Guerra Mundial a la Primera Guerra del Golfo, aunque por supuesto las tasas varían mucho por armas: por ejemplo, y lógicamente, en la fuerza aérea la *ratio* es lógicamente inversa, de 2.35:1 (http://www.brooks.af.mil/web/af/courses/amp/cluebag/Hx_of_Aircraft_Survivability.doc). En la Antigüedad una *ratio* normal de 1:3 nos parece como orden de magnitud más prudente que la *ratio* de 1:2 postulada muy recientemente por Rosenstein para la República Romana (2004, 136-137). Los ejemplos etnográficos indican que sólo las heridas en cuello, pecho y abdomen son normalmente fatales (Keeley 1996, 94; Salazar 2000, 9 ss.). En ejércitos victoriosos con una elevada proporción de tropas protegidas la proporción podía bajar a 1:5, caso de los macedonios en sus batallas victoriosas (Engels 1978, 151), pero debía ser mucho mayor entre los derrotados, subiendo a 1:1 e incluso, en el caso de masacres, a cifras mayores de muertos que de heridos (Gabriel, Metz 1991, Table 4.2). Sobre la cuestión, ver en general Gabriel, Glantz (1991, pp. 83 ss.); Keeley (1996, 94 ss.); sobre las heridas -aunque no discute *ratios* ni *ratio* de supervivencia, Salazar 2000).

Nobilior (entre un 60 y un 80% de bajas al menos hasta que se recuperaran los heridos leves y reaparecieran los dispersos) que hubiera sido imposible que marchara sobre Numancia tres días después con tan solo el refuerzo de 300 jinetes y 10 elefantes nómadas, ya que su ejército estaría reducido a -como mucho- 10.000 hombres de los casi 30.000 originales, y probablemente incluso menos. Por tanto, deberemos asumir que los 6.000 caídos del 23 de Agosto deben incluir los heridos graves y leves, lo que aún así supone una pérdida del 20% del ejército, severa incluso para los valores medios de los ejércitos derrotados en la antigüedad. Así, Krentz (1985, 13 ss.) tabula una media de 5% de bajas entre los vencedores y 14% de los derrotados en las batallas hoplitas griegas; mientras que Gabriel y Metz (1991, 83 ss.) y Sabin (2000, 5) recuerdan que en las batallas romanas las cifras del 50% de los derrotados no son raras mientras que los vencedores normalmente se mantienen en el rango del 5-10%²⁰. Pero incluso si desecháramos directamente las cifras de bajas -muertos o muertos y heridos- como poco fiables, la anécdota sobre las *Vulcanalia* debería ser un índice de la gravedad de la derrota.

Hay sin embargo más problemas con el texto: según Apiano las cifras de bajas de los celtíberos ascenderían a una proporción aún mayor que entre los romanos (6.000 sobre unos 25.000) dada su desordenada persecución tras la victoria, lo que de ser cierto los habría dejado igualmente exhaustos e inermes. Por tanto, y puesto que en tres días Nobilior estaba en condiciones de reanudar de inmediato su ofensiva y marchar sobre Numancia, y los celtíberos de defenderse y, ayudados por la suerte, de volver a vencer a Nobilior cuando un elefante herido se revolvió contra los propios romanos (Apiano, *Iber.* 46), debemos entender que las cifras de bajas están muy hinchadas, con seguridad en el caso de los

Celtíberos donde la PMI nos dice que probablemente las pérdidas celtibéricas en la primera batalla, incluso tras el revés hacia su final, debieron de ser muy inferiores a las romanas.

Hay aún más: si fueran ciertas las cifras de bajas proporcionadas por Apiano, en el segundo encuentro, el librado con los elefantes ante las murallas de Numancia, habrían caído muertos otros 4.000 romanos y 2000 celtíberos. Así, en el espacio de cuatro días Nobilior habría sufrido la pérdida de 10.000 muertos y un número proporcional de heridos sobre su original de casi 30.000. Es decir, de acuerdo con las ratios normales de muertos-heridos en combate por arma blanca, no habría quedado un romano para contarlos. Pero incluso si como es muy probable las cifras proporcionadas por Apiano incluyen muertos y heridos, la suma de 10.000 implicaría un tercio completo del ejército en dos batallas, lo que sí permitiría hablar de un desastre de grandes proporciones y habría obligado a Nobilior retirarse para reagruparse y recuperar a los heridos leves, probablemente una proporción importante de las bajas. Sin embargo, nos cuenta Apiano (*Iber.* 47) que el romano se tomó un respiro y volvió a las andadas, en esta ocasión sobre la ciudad de Axinio. De modo que su ejército, aunque dos veces vencido, estaba todavía en condiciones de marchas y combatir, aunque de nuevo parte de él sería derrotado en otra emboscada (*Iber.* 47). Ante tales calamidades, y abandonado por la ciudad de Ocilis, Nobilior invernó miserablemente en espera de la primavera siguiente, sufriendo de nuevo, dice Apiano, numerosas bajas por enfermedad y el frío. A estas alturas, si tomáramos literalmente las cifras de Apiano, habrían muerto probablemente más de 15.000 romanos. Sin embargo, cuando Claudio Marcelo llegó como relevo de Nobilior a la primavera siguiente, trayendo los *supplementa*, sólo incorporó 8.000 infantes y 500 jinetes, con lo que se supone llevaba de nuevo al ejército a algo parecido a sus efectivos completos (entre 25.000 y 30.000 hombres). Por tanto, incluso si los reemplazos de Marcelo no cubrían completamente las pérdidas del año anterior, es evidente que Nobilior no pudo haber perdido primero 6.000 y luego 4.000 hombres muertos en dos batallas sucesivas, más todas las sufridas (muchas) durante el invierno encerrado en su campamento; sólo si esas cifras incluyen heridos, una proporción de los cuales se recuperaría en el campamento, casan las cifras y se convierten en perfectamente aceptables. En conjunto, puede asumirse que en el conjunto de la campaña Nobilior habría perdido, entre muertos en combate, como consecuencia de las heridas, o por enfermedad, en torno a 8.000 hombres itálicos -los refuerzos traídos por Marcelo- más un número imposible de evaluar de aliados locales, lo que supone ya un desgaste de muy considerables proporciones,

Ya en la era de la pólvora, durante el periodo napoleónico las cifras oscilan entre 1:2 y 1:4 (http://napoleon-series.org/research/abstract/military/army/france/casualties/c_lossess1.html) en la guerra civil americana las ratios eran normalmente en combate de en torno a 1:4 (Livermore 1901). Durante la Segunda Guerra Mundial las ratios por bando y teatro variaron mucho; en el ejército USA oscilaron entre 1:2.7 del ETO (European Theatre of Operations) y el Mediterraneo y los tremendos 1.77 del Pacífico; otras estimaciones oscilan entre 1:3 y 1:4. En la presente guerra de Iraq la KTW del US Army es de 1:7 o 1:8 gracias a los inmensos avances en MEDEVAC; hoy en día la mayoría de las bajas mortales mueren en el acto o en los minutos inmediatos a la herida; las evacuaciones tienen una altísima tasa de supervivencia; eso no ocurría antes de finales de la Segunda Guerra Mundial.

²⁰ La razón es obvia: el enemigo que vuelve la espalda ya no presenta su frente, mejor protegido, ni responde a los golpes, ni se mantiene en grupos cohesionados. Constituye pues presa fácil. Las bajas en batalla se producen sobre todo, en la antigüedad, en la fase de desbandada y persecución (Gracia, 2003, 148).

pero comprensible dada la sucesión de dos batallas campales, una guerra subsiguiente de menor intensidad y un invierno casi al raso.

Así pues, no podemos de acuerdo con la Probabilidad Militar Inherente aplicada a la descripción de acciones y efectivos, tomar como precisas, y ni siquiera como aproximadas, las cifras de muertos de Apiano, pero sí como bajas totales, un porcentaje de las cuales sería recuperable. Sin embargo, las cifras originales de efectivos son probablemente fiables: un ejército consular podría tener cerca de 30.000 hombres incluyendo sus auxiliares y tropas locales; los *supplementa* traídos por Marcelo son creíbles, y las cifras que Apiano da para la coalición de Celtíberos, aún sustancialmente inferiores a las del ejército romano -unos 25.000 contra casi 30.000 hombres- resultan creíbles para que los Celtíberos se hubieran arriesgado a presentar batalla campal en dos ocasiones sucesivas. Lo que nos lleva a otra cuestión: la de las tácticas de los celtíberos.

7. SOBRE LAS TÁCTICAS Y FORMAS DE COMBATIR DE LOS CELTÍBEROS.

"Aníbal lo atravesó [el desfiladero] bordeando el lago y ocupó personalmente la altura que se oponía frontalmente al camino; acampó allí con los africanos y los iberos. Destacó a los baleares y a los lanceros de la vanguardia bajo los collados a la derecha del desfiladero [...] y los mismo hizo con los galos [...] Aníbal lo había dispuesto todo durante la noche, y había rodeado de emboscadas el valle en pendiente; después quedó a la expectativa [...] El día era muy brumoso. Aníbal [...] dió la consigna, que transmitió a todos los emboscados, y atacó por todas partes al enemigo. Su aparición resultó inesperada a los hombres de Flaminio [...] el enemigo arremetía desde muchos lugares dominantes y se les echaba encima [...] ocurrió, por consiguiente, que la mayoría murieron en la misma formación en marcha, sin defensa posible [...] En el desfiladero murieron unos quince mil romanos [...]]" (trad. M. Balasch, BCG). Así narra Polibio (3, 83-84) la batalla del lago Trasimeno librada en Marzo del 217 a.C. y en la que una emboscada a gran escala de Aníbal aplastó a un ejército consular romano mandado -según la hostil tradición transmitida por las fuentes- por un general impetuoso y torpe (Lazenby 1978, 62 ss.). Con mayor o menor detalle lo esencial de la historia es repetido por otras fuentes (Livio 22,4; Frontino *Strat.* 2,5,24). Sin embargo, a ningún investigador se le ocurriría decir que el recurso a la emboscada a gran escala, recomendado por los generales y teóricos helenísticos en los que Aníbal estaba bien versado²¹, convierta el ejército de Aníbal en una fuerza de guerrilleros, ni a Trasimeno en una

escaramuza entre un ejército regular y una fuerza irregular.

Veamos pues ahora un segundo texto: "*Así pues, Nobilior fue enviado contra ellos con un ejército de casi treinta mil hombres. Los segedanos, cuando supieron de su próxima llegada, sin dar remate ya a la construcción de la muralla, huyeron hacia los arévacos con sus hijos y sus mujeres y les suplicaron que les acogieran. Estos lo hicieron así y eligieron como general a un segedano llamado Caro, que era tenido por hombre belicoso. A los tres días de su elección, apostando en una espesura a veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes, atacó a los romanos mientras pasaban. Aunque el combate resultó incierto durante mucho tiempo, logró dar muerte a seis mil romanos y obtuvo un brillante triunfo. Tan grande fue el desastre que sufrió Roma. Sin embargo, al entregarse a una persecución desordenada después de la victoria, los jinetes romanos que custodiaban la impedimenta cayeron sobre él y mataron al propio Caro, que destacó por su valor, y a sus acompañantes, en número éstos no inferior a seis mil, hasta que la llegada de la noche puso fin a la batalla. Estos sucesos tuvieron lugar el día en el que los romanos acostumbraban a celebrar una procesión en honor de Vulcano [23 de Agosto]. Por este motivo, desde aquel tiempo. Ningún general romano quiso comenzar un combate voluntariamente en este día" (Apiano *Ib.* 45) (trad. A. Sancho).*

Este segundo texto es el básico para la comprensión de la campaña del 153 a.C. entre Segeda y Numancia. De nuevo se nos presenta una emboscada a gran escala, en la que participan decenas de miles de hombres. Ni los efectivos implicados ni el desarrollo de las dos batallas, permiten considerar que en el primer caso -Trasimeno- debamos hablar de 'batalla campal' y en el segundo de 'guerrilla con emboscada' (contra, Almagro Gorbea 1997, 221)²². Y sin embargo, la tradición historiográfica sobre los Celtíberos sostiene desde Adolf Schulten que los Celtíberos eran guerrilleros incapaces de combatir en batalla campal y en campañas sostenidas, comparando sus guerras de '*latrones*' con los '*brigands*' despreciados por Napoleón (Schulten 1914, 202 ss.). Para argumentar sus ideas preconcebidas, Schulten recurrió a prácticas discutibles; mezclaba ya en 1914 los lanceros pesados helenísticos representados en las monedas ibéricas (*vid. supra* sobre este 'falso amigo' iconográfico) con las leyendas sobre los caballos lusita-

²¹ Siglos después todavía los romanos de época imperial como Frontino (*Strat.* 1,6; 2,5) dedicarían extensos apartados a las emboscadas como forma de guerra regular.

²² En nuestra misma línea, y reflejando que va calando una nueva corriente de opinión en la investigación, Gracia 2003, 273.

nos y con los textos alusivos a caballería ligera - incluyendo el muy posterior referente a la *Turma Salluitana*- para concluir que era 'la mejor del mundo antiguo' (Schulten 1914:203). Del mismo modo, utilizaba una referencia genérica de Livio (22, 18, 3) a 'hispanos' del ejército de Aníbal en Italia enviados a terreno agreste donde su movilidad se demostró decisiva; pero Schulten omite que Livio no especifica si se trata de infantes ligeros o de línea hispanos (las fuentes los distinguen a menudo, antes y después²³, incluso entre los Celtíberos, v. *infra*, Livio 28,1). Tampoco es aceptable la cita de César (*Bell. Civ.* 1,44) recogida por Schulten (1914, 203) como demostrativa de la forma de lucha empleada por los Celtíberos más de un siglo antes, según hemos analizado ya en otro lugar (Quesada 1997, 662-663). A mediados del s. I a.C. los romanos empleaban las tropas indígenas básicamente para complementar sus fuerzas legionarias de línea, y ya apenas tenían uso para la vieja infantería 'de línea' indígena, inferior obviamente a la romana. Este tipo de extrapolaciones y distorsiones son las que han acabado oscureciendo lo que las fuentes verdaderamente dicen sobre la guerra tal y como la llevaban a cabo los Celtíberos entre el 195 y el 133 a.C. En su *Hispania* de 1920, traducción al español de la obra de 1913, Schulten insistía en los mismos conceptos primitivistas de la guerra entre los pueblos prerromanos peninsulares, agrupados en un todo homogéneo (Schulten 1920, 144-150).

La misma línea argumentativa, resumida, se repite en la obra general sobre Numancia para consumo español que se tradujo en 1945 (Schulten 1945, 37 ss.): "*Con la misma maestría con que los beréberes de Yugurta practicaban la guerrilla, lo hicieron sus parientes los iberos y los lusitanos... la guerra de guerrillas fue practicada por los iberos exactamente lo mismo que la practicaron los carlistas en el siglo XIX... Los iberos saben sustraerse de la persecución recurriendo a la fuga hacia la montaña y los bosques y no se dejan obligar a batalla campal*" (el subrayado es nuestro; veremos enseguida como las fuentes desmienten sistemáticamente al alemán).

En efecto, Schulten analizó sesgada y parcialmente las fuentes literarias²⁴ ya desde sus

²³ Diferenciación entre tropas ligeras y de línea hispanas -incluyendo iberos, no distinguidos de los Celtíberos en las fuentes referidas a la Segunda Guerra Púnica: Polibio 3, 94; 3, 83 -balearos en este caso-, Livio 28, 2; Polibio 11, 33; 5-6; César, *Bell. Civ.* 1, 39; Frontino, *Strat.* 2,5,31.

²⁴ Acusación que también se ha hecho a su trabajo sobre Tartesos, p. ej. Olmos (1999:135 ss.). Veamos a título de ejemplo como sesga la descripción de la batalla del 23 de Agosto para ajustarla a su idea preconcebida de las tácticas celtíberas: "Como el enemigo sólo (*sic*) contaba con 25.000 hombres, ligeramente armados (*sic*) y su cuidado era evitar

trabajos iniciales sobre Numancia²⁵, en parte porque partía de una ideología de corte romántico, idealista y nacionalista (Wulff, 1004; Blech 2002, 100; Olmos 1999; Cruz Andreotti 1999) que contraponía la organización, disciplina y elaborada táctica de los ejércitos romanos (en resumidas cuentas, su 'civilización') al valor individual, iniciativa y belicosidad innata de los Celtíberos (en resumidas cuentas, una suerte de aproximación al primitivo, casi salvaje pero noble) (ver Schulten 1945, 37 ss.; Wulff 2004, LXXX ss.). En ello de alguna manera, se ajustaba como un guante a los prejuicios e intereses de las fuentes grecolatinas antiguas, interesadas como es bien sabido en contrastar los beneficios de la labor conquistadora y civilizadora romana frente a la barbarie local. Y el caso de Cértima antes citado, con su condescendencia, es revelador de este sentimiento de superioridad: "*Era mediodía. Lo primero que pidieron al pretor fue que diese la orden de que les diesen de beber. Apurada la primera copa pidieron otra, entre las carcajadas de los presentes por lo primitivo de su carácter y su absoluta ignorancia de cómo comportarse...*" (trad. J. A. Villar, BCG) Desde Posidonio a Estrabón, los autores clásicos son, con diferentes matices, panegiristas del imperio de Roma (García Moreno 2000, 125 ss.)²⁶.

Además, y por otro lado, la visión de Schulten venía a reforzar una poderosa tradición historiográfica española interesada en revelar las esencias de lo hispano, enlazando pasado con presente y buscando rasgos distintivos: amor a la independencia, individualismo, orgullo, etc. que se habrían reflejado históricamente (Guerra de la Independencia) y que podrían rastrearse hasta época prerromana²⁷, tradición decimonónica donde Numancia precisamente jugaba un papel vital (Díaz Andreu 1995, 43-45; 2002, 121 ss.; Quesada 1996, 215 ss.; de la Torre 1998), perpetuada bajo el régimen franquista (Díaz Andreu 2002, p 89 ss.; Ruiz Zapatero 1996), e incluso

una batalla (*sic*), no era verosímil que fuera a colocarse ante los 30.000 hombres de Nobilior. Por el contrario, debía contarse desde un principio con la sorpresa de alguna emboscada, tal como correspondía a la manera particular de lucha de los iberos...Era la emboscada. En aquellos montes (*sic*, no aparece en Apiano) entre los cuales marchaba desprevenido, lenta y pesadamente (*sic*) el ejército romano, la Muerte estaba en acecho... " (Schulten 1945, 61 ss.).

²⁵ Pioneros, sin duda, y que impulsaron una investigación que de otro modo no se hubiera quizá emprendido, como recuerda Blech (2002, 92 y 94 ss.).

²⁶ Ver al respecto además de la bibliografía citada en el cuerpo del texto, y entre otros, Mora, Díaz Andreu (1997); Ayarzagüena (1992); Pioneros (2004, 50); Pasamar, Peiró (1991).

²⁷ Ver al respecto además de la bibliografía citada en el cuerpo del texto, y entre otros, Mora, Díaz Andreu (1997); Ayarzagüena (1992); Pioneros (2004, 50); Pasamar, Peiró (1991).

después (Gárate 1970, 1971, 1981, 9, 67 ss.). La búsqueda de la 'identidad nacional', de modo algo paradójico, unía así los intereses de los historiadores españoles de fines del XIX y principios de XX, de algunos sabios extranjeros, y de los autores grecolatinos que escribieron sobre *Hispania*.

Dada esta línea predominante de pensamiento, esta ortodoxia académica, no es de extrañar que los numerosos y bien explícitos textos que aluden a la capacidad y costumbre de los Celtíberos para combatir en formación cerrada, con ejércitos grandes, y en campo abierto -aunque sea empleando la emboscada como recurso táctico- hayan sido a menudo ignorados en favor de otros que enfatizan el carácter 'irregular' o 'guerrillero' e incluso mezclan el problema con el de las 'bandas' indoeuropeas²⁸, o que al menos insisten más sobre la lucha en escaramuza negando en la práctica la capacidad de luchar en combate cerrado o considerando incluso la batalla del 23 de Agosto como un episodio de guerrillas (Almagro Gorbea 1997, 220-221), aunque a menudo para ello han de incorporar referencias a otros contextos o pueblos, como Viriato y los lusitanos²⁹. Sin embargo, y de modo tímido, algunos investigadores -aparte de nuestra propia investigación- vienen apuntando de manera más o menos clara que quizá las cosas no fueron así, y que la batalla campal por ejércitos organizados quizá fuera más común entre los Celtíberos de lo que se viene admitiendo generalmente; es el caso de R. García Huerta (1997, 227); F. Gracia (2003, 273) y P. Ciprés (2002, 142, todavía tímidamente pero matizando sus trabajos anteriores).

Sin embargo las fuentes primarias que testifican esta última postura están ahí, bien visibles, y son numerosas, para el mundo celtibérico tanto como para el ibérico, según venimos defendiendo desde 1989. Las analizaremos a continuación para mostrar un error básico de la aproximación tradicional que se sigue manteniendo en trabajos recientes que no han re-examinado los datos en detalle.

Además del caso de la campaña del 153 a.C. ya analizada, hay numerosos ejemplos de

²⁸ Schulten 1914, 202 ss.; 1945, 37 ss.; García y Bellido 1945; Blázquez 1974, 156-157; Caro Baroja 1975, 160 ss.; García-Gelabert 1989; Gárate 1970, 1971, 1981; con matices, Ciprés 1993, 45). Sobre el 'bandolerismo', fenómeno diferente y a menudo mezclado, García y Bellido (1945); Vallejo (1994); García Moreno (2000, 227 ss.); Ciprés (1993).

²⁹ Por supuesto, y por cuestiones metodológicas, no aludiremos aquí al caso de los Iberos, para los que creemos haber argumentado suficientemente la existencia de formaciones organizadas y batallas en campo abierto dentro de un contexto de guerra organizada (cf. Quesada 1997, 653-663; 2002, 48-49; 2003 *passim*). En cuanto a Viriato, tampoco sus tácticas eran siempre irregulares, cf. Apiano *Iber.* 64, 67.

batallas campales ofrecidas y aceptadas por los Celtíberos ya desde las primeras fuentes referidas a la Segunda Guerra Púnica. En el año 207 a.C. el antiguo pretor Marco Junio Silano se enfrentó, con 10.000 infantes y 500 jinetes (Livio 28, 1, 5), al cartaginés Magón, que en Celtiberia había reclutado un ejército de 9.000 celtíberos novatos a unir a sus propios cartagineses (Livio 28, 1, 7-8). Nos dice Livio que Silano atacó cerca de su campamento a los Celtíberos: '*En el ejército celtibérico había 4.000 hombres armados con escudo largo (scutum) y 200 jinetes. Situó [Magon] en primera línea esta legión regular (iusta legio) -que venía a ser la fuerza principal-; el resto, infantería ligera (levis armatura), lo dejó de reserva. Cuando los sacaba del campamento formados en este orden (ita instructos) y apenas habían cruzado la empalizada, los romanos lanzaron sobre ellos sus jabalinas. Los hispanos se agacharon ante los dardos disparados por el enemigo y después se reincorporaron para disparar a su vez; los romanos, en formación cerrada como de costumbre, recibieron los dardos juntando los escudos y después se inició el cuerpo a cuerpo combatiendo con espada (gladiis res coepta est). Pero lo accidentado del terreno hacía inútil la rapidez de los Celtíberos, que suelen combatir a base de carreras sucesivas (asperitas locorum et Celtiberis, quibus in proelio concursare mos est, velocitatem inutilem faciebat) mientras que para los romanos, habituados a combatir a pie firme (stabili pugnae adsuetis) esta circunstancia no era desfavorable, con la salvedad de que la escasez de espacio y los arbustos que crecían aquí y allá rompían la continuidad de las filas (ordines dirimebant) y se veían obligados a combatir de uno en uno o de dos en dos, como en duelos por parejas'*' (trad J. A. Villar. BCG).

El texto tiene sumo interés por varias razones. En primer lugar, muestra que los romanos están aquí combatiendo en clara superioridad numérica: de los 9.000 celtíberos unos 5.000 son tropa ligera que Magón coloca en reserva y que, aparentemente, no combaten al principio: son los 4.000 *scutati* los que se enfrentan a un número doble de legionarios, ya que los cartagineses que desde otro campamento vienen en auxilio de los Celtíberos y los infantes ligeros indígenas son casi exterminados en la segunda fase de la batalla (Livio 28, 10-11). En segundo lugar, Livio especifica en dos ocasiones (28, 2, 8 y 28, 2, 12) que los celtíberos son *novi milites, tirones*; esto implica que no ha habido tiempo para entrenarles en otro tipo de combate que el practicado por ellos habitualmente. Y esta forma de combatir implica salir de su campo en formación reconocible, con la infantería de línea armada con *scuta* en primera línea, recibir los *pila* romanos en posi-

ción agachada, y devolver su propia salva de (probablemente) *soliferrea* y jabalinas, que los romanos reciben de igual manera. Finalmente, ambos bandos cargan uno contra otro espada en mano. Esto es, la forma de combate con armas es casi idéntica en los dos bandos; ambos portan escudo oval y una combinación de jabalina pesada y espada, una panoplia que acerca a los romanos más a los celtíberos que, por ejemplo, a los falangitas helenísticos, como hemos estudiado en detalle en otro lugar (Quesada, en prensa)³⁰. A continuación Livio proporciona una explicación *post facto* de lo ocurrido: el terreno es abrupto y ello según Livio favorece más a los romanos que a los celtíberos, que supuestamente necesitan un terreno más despejado para practicar su *concurfare* habitual: justo lo contrario de lo que argumenta en otros lugares. Ahora bien, todas las fuentes antiguas insisten en que para la infantería pesada el terreno accidentado suponía muchas dificultades: la ruptura de la línea favorecería en principio a los más ágiles Celtíberos, menos preocupados por las filas e hileras y por tanto supuestamente más capaces de infiltrarse por los huecos de la desordenada línea romana. Si seguimos aquí a Livio daría la sensación de que los romanos eran más capaces que los propios Celtíberos de combatir individualmente o por parejas, en desorden. ¿Cual es pues la explicación frente a la *communis opinio* sobre la forma de combatir romana?. Primero, que Livio habla *post facto*; segundo, que, como ha propuesto recientemente J. Lendon y nosotros mantenemos (Quesada en prensa b), que los romanos no estaban tan preocupados como suele creerse por mantener en primera línea una nítida formación en rectángulos alineados por filas e

hileras, sino que combatían más por manípulos como una densa 'ameba', por lo que el terreno abrupto no les afectaba, una vez trabado el combate, más o menos que a los Celtíberos; tercero, que los romanos tenían en esta batalla, en tropas 'pesadas' o 'de línea' una gran superioridad numérica; cuarto, que tenían mejor entrenamiento colectivo y disciplina que los *tirones* celtíberos a quienes el terreno dificultó sobre todo la huida, que es donde se produjo la matanza (y eso lo dice Livio claramente, 28, 2, 9: "*Precisamente lo que obstaculizaba la huida de los enemigos los dejaba expuestos al degüello como maniataados...*"). Así, los Celtíberos *scutati* de Magón fueron derrotados por su inferioridad numérica y porque, pese a su menor disciplina y entrenamiento colectivo ya que eran reclutas, *trataron de enfrentarse en batalla campal con los romanos en sus mismos términos*; de hecho, a eso alude Livio cuando les describe como *iusta legio*. Fue cuando los Celtíberos intentaron retroceder y maniobrar cuando fueron masacrados, porque los romanos se movían en ese terreno casi con tanta facilidad como ellos, y por tanto podían perseguirles sin dificultad.

Pocos años después del episodio narrado, la fama de los Celtíberos como tropas 'de línea' (sobre el concepto de tropas de 'línea' mejor que de 'infantería pesada' ver Quesada (en prensa y en prensa b) se había extendido tanto que cuando en 203 a.C. llegaron a Africa unos 4.000 mercenarios celtíberos los cartagineses se alegraron porque eran considerados invencibles (Polibio 14, 7, 5-7): "*Estos Celtíberos contribuyeron no poco a levantar la moral de los Cartagineses: eran cuatro mil, y dijeron que eran diez mil y, además, aseguraron que en la batalla eran verdaderamente invencibles, tanto por su presencia de ánimo como por su armamento (kathoplimos)*" (trad. M. Balasch, BCG). Tal impresión sólo podría ser causada por tropa decisiva, es decir, de línea y bien armada, y no por un contingente de infantes ligeros, combatientes en guerrilla en las escaramuzas iniciales de una gran batalla. Sólo si se asumía el carácter determinante de estas tropas podrían haber levantado tanto la moral de los cartagineses y de los númidas. Y que dicha fama no era infundada viene probado por la subsiguiente batalla librada poco después en las Grandes Llanuras, cuando "*Los celtíberos, en cambio, lucharon bravamente contra los romanos*" (Polibio 14, 8, 9) pero cuando cedieron las alas de númidas y cartagineses, ya que los celtíberos ocupaban el centro de la línea (Polibio 14, 8, 7), reservada habitualmente a la infantería pesada de mayor confianza y solidez, entonces "*los principes y los triarii envolvieron a estos celtíberos y los aniquilaron; sólo se salvaron unos pocos. Así fue como perecieron, no sin prestar un gran servicio a los cartagineses, no sólo en la batalla, sino también en la huida. En efecto: si los*

³⁰ "The weapons carried by the Iberian warrior during the fourth and third centuries BC were typical those used by of a dual-purpose infantry, capable of using both close and open order tactics closely similar to those employed by Hellenistic thureophoroi. This panoply was based on a heavy throwing weapon -pilum, soliferreum or heavy throwing spear-, a main thrusting spear and a short thrusting and stabbing sword (falcata or antennae sword). Defensive weapons included a round wooden shield about two feet in diameter, a leather helmet and sometimes a felt or leather cuirass. Late in the third century three significant elements were added, mainly by the professional soldiers serving under Hannibal or Scipio: the oval shield (scutum or thureos), the 'jockey cap' type bronze helmet, and new sword types with longer blade and cutting and thrusting capabilities. This panoply is strikingly similar in functionality to the weapons carried by the Roman Republican legionaries, save for the old-fashioned triarii. Admittedly, ancient tactics were not determined by the choice of weapons, but there is a strong relationship between them. If we analyze the more detailed and precise literary sources (mainly Polybius and Livy, but also some descriptions by Diodorus and Strabo) a pattern emerges: the Iberians were quite capable of fighting pitched battles in close order formations of a formal nature, in instructa acies as Livy puts it, and their individual and small unit tactics were strikingly similar to the Roman fighting techniques" (Quesada e.p., Summary).

romanos no hubiesen tropezado con tal obstáculo y hubieran podido perseguir en el acto a los que se escapaban, muy pocos contrarios hubieran logrado evadirse" (Polibio 14, 8, 11-13, trad. M. Balasch).

Destruído el poder cartaginés en Iberia, los romanos se concentraron en consolidar su poder frente a Iberos primero y Celtíberos y otros pueblos vecinos después. Las victorias sobre Indíbil y Mandonio se obtuvieron tras duras batallas campales en toda regla (Quesada 1997, 659-660) en las que no entraremos aquí por no mezclar información; pero en los años siguientes la penetración hacia las zonas interiores de la Península (Celtiberia en sentido lato, incluyendo amplias zonas de la Meseta) llevaría a nuevos conflictos en los que de nuevo los Celtíberos a menudo presentarían batalla campal *siguis collatis*. Así, en el año 193 a.C. se nos dice que Marco Fulvio derrotó en batalla campal a una coalición: "*maiores gestae res a M. Fulvio. is apud Toletum oppidum cum Vaccaeis Vettonibusque et Celtiberis signis conlatis dimicavit, exercitum earum gentium fudit fugavitque, regem Hilernum vivum cepit*". Al año siguiente Cayo Flaminio derrotó en batalla abierta a otra coalición -en esta ocasión no se mencionan expresamente Celtíberos, sólo vettones- y tomó *Toletum*: "*Vettonum magnus exercitus Toletanis subsidio venit. cum iis signis conlatis prospere pugnavit et fusis Vettonibus operibus Toletum cepit*".

De nuevo unos años después, en la campaña del 185 a.C., Tito Livio nos cuenta (39, 30) que se produjo una batalla campal en la Carpetania, no lejos de *Toletum*, en la que los pretores C. Calpurnio y L. Quinctio fueron derrotados en un combate que escaló a partir de una escaramuza entre forrajeadores hasta una batalla campal (*paulatim omnes copiae in aciem eductae sunt*), con tan mal aspecto -y cinco mil bajas- que al caer la noche y cesar la batalla los romanos abandonaron su campamento y se retiraron. Cuando al día siguiente los hispanos se acercaron en orden de batalla (*luce prima Hispani acie instructa ad vallum accesserunt*) para asaltar el campo romano lo encontraron vacío; con el botín sin embargo pudieron armarse (*quorum se spoliis hostes armarunt*). En otro lugar (Quesada e. c) hemos argumentado en detalle que los tipos básicos de armas ofensivas e incluso defensivas de los pueblos ibéricos y celtibéricos eran compatibles con los tipos romanos republicanos y que, por tanto, algunos de los problemas de abastecimiento y reparación de armas de las legiones se solucionaron recurriendo a armas nativas, lo que a su vez favoreció la adopción de armas como el *gladius hispaniensis* y el *pugio* (ver Quesada e. c). A la inversa, textos como éste de Livio se ven confirmados por la aparición de armas de tipo itálico, quizá propias

de *socii*, halladas en contextos indígenas en la zona arévaca, como el casco de tipo suditalico de la necrópolis de Numancia (Jimeno *et al.* 2004, 86, Fig. 51), el de Muriel de la Fuente, también en Soria (*ibidem*, 262 ss.), o el gran lote de una veintena de cascos del mismo tipo hallados aparentemente inutilizados en un depósito ritual en unas grietas de la roca en un lugar de la provincia de Soria (H. Born com. pers.), y actualmente en la colección A. Guttmann de Berlín.

Recuperados los romanos de C. Calpurnio y L. Quinctio de la derrota del 185 a.C. descrita en el párrafo anterior, reforzaron su ejército con auxiliares hispanos y procuraron restablecer la dañada moral de sus legiones. Finalmente, y dentro de la misma campaña, trabaron de nuevo batalla abierta, formando en su centro las dos mejores unidades, las legiones V y VIII. Sin embargo, en la primera fase del combate los hispanos -¿carpetanos? ¿celtiberos?- atacaron el centro romano en cuña compacta, poniendo en serio aprieto a lo mejor de la infantería romana, ('acerime media acies, duae fortissimae legiones, dimicabant. quas cum aliter moveri loco non posse hostis cerneret, cuneo institit pugnare; et usque plures confertioresque medios urgebant'), hasta que una oportuna carga de la caballería romana y aliada contra los flancos de la cuña hispana resolvió la situación. Los romanos vencieron y acabaron pernoctando en el campamento fortificado de los hispanos (Livio 39, 31, 16), tras capturar 133 enseñas (Livio 39, 31, 14): "*signa capta centum triginta tria[...] in castris hostium, quia ipsis spatium sua communiendi non fuerat, manserunt*". Ambos datos son indicios de complejidad organizativa y de cierta disciplina de marcha y campamento entre los pueblos hispanos, que ahora hacía ya décadas que no estaban 'contaminados' por las prácticas militares cartaginesas, por lo que cabe asumir que era una práctica -heredada o aprendida- ya común.

En el año 181 a.C. de nuevo en la Citerior estalló una guerra importante: "*Los celtiberos habían armado unos 35.000 hombres, cifra que no se había alcanzado hasta entonces prácticamente nunca. Tenía el mando en aquella provincia Q. Fulvio Flaco; como había tenido noticia de que los celtiberos estaban armando a la juventud (is quia armare iuventutem Celtiberos audierat), había reunido a su vez todas las tropas auxiliares aliadas que era posible, pero en modo alguno igualaba los efectivos del enemigo... Pocos días después los celtiberos instalaron su campamento a un par de millas de allí, al pie de una colina (paucis post diebus Celtiberi milia duo fere inde sub colle posuerunt castra) [de nuevo se documenta la costumbre celtibera de construir campamentos con empalizada -vallum- en el campo]. [...] Por fin los celtiberos salieron del campamento con todas sus tropas de infantería y caballería*

al mismo tiempo e hicieron alto, formados en línea [facie directa], aproximadamente a medio camino entre los campamentos. El terreno era llano por completo y a propósito para la batalla (campus erat planus omnis et aptus pugnae). Allí permanecieron firmes los hispanos esperando a los enemigos. El romano contuvo a sus hombres dentro de la empalizada" (Livio 40, 30, 1-7). Evidentemente, los Celtíberos estaban más que dispuestos a combatir en terreno llano, en orden cerrado, y fueron los romanos quienes rehusaron el combate. Sólo al cabo de varios días el pretor romano pasó a la acción recurriendo a una marcha nocturna para atacar por sorpresa el campamento celtíbero a retaguardia (Livio 40, 31). Sin embargo el grueso del ejército celtibérico, al ver que su campamento y bagaje era pasto de las llamas, en lugar de desbandarse luchó con los romanos con mayor ahinco aún, y hubiera vencido a los auxiliares de Roma de no ser por la ayuda oportuna de la *Legio VII*. Finalmente los celtíberos, envueltos, fueron vencidos y según Livio (40, 32, 6-7) perdieron 3.000 muertos, 4.700 prisioneros y 38 insignias; la victoria no fue incruenta (*'magna victoria, non tamen incruenta fuit'*) ya que según Livio los romanos reconocieron la pérdida de 200 ciudadanos romanos - legionarios-, 830 *socii* de derecho latino y 2.400 auxiliares hispanos. Estamos ante la detallada narración de una batalla en toda regla, en la que son los romanos y no los Celtíberos los que recurren a la emboscada, al avance nocturno y a la sorpresa, y los hispanos quienes ofrecen durante días batalla en terreno llano y a la luz del sol, al modo arcaico del antiguo Mediterráneo. De hecho, el recurso a otras tretas como la huida fingida, atribuida siempre a Viriato y a caudillos hispanos como ejemplo de su forma irregular de combatir, fue empleado con la misma frecuencia por los romanos; así, Sempronio Graco "en lucha con los Celtíberos, contuvo a su ejército y fingió temor. Después, envió a la infantería ligera para hostigar al enemigo y retirarse, atrayéndole. En ese momento atacó cuando estaban sin formación (inordinatos) y los derrotó tan completamente que hasta capturó su campamento" (Frontino, *Strat.* 2, 5, 3). Livio, que recoge en detalle el mismo episodio (año 179 a.C.) muestra cómo esta treta proporcionó a los romanos una gran victoria con pocas bajas, sólo 109 (Livio 40, 48).

Más aún, y todavía dentro de esta campaña del 181, Livio nos ofrece otra anécdota que prueba que lo normal entre los Celtíberos era marchar en orden, agrupados en torno a las enseñas, exactamente igual que los romanos. Veamos la historia: Fulvio Flaco marchó tras su victoria a Contrebia y la tomó. Entonces un contingente celtíbero que marchaba en ayuda de los contrebienses, y que desconocía la caída de la ciudad, fue sorprendido por Fulvio Flaco del siguiente modo: "Los Celtíberos... se acercaron a

la ciudad desperdigados y sin tomar precauciones. Los romanos salieron contra ellos de repente por dos puertas, los atacaron cuando estaban dispersos y los pusieron en fuga. La misma circunstancia que les impidió resistir y entablar combate -el hecho de no marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las enseñas- (*'quae res ad resistendum eos et ad capessendam pugnam impediit, quod non uno agmine nec ad signa frequentes veniebant'*) fue la salvación para una gran parte por medio de la huida...." (Livio 40, 33, 4-6).

En otras ocasiones, aún resaltando la inferioridad de los celtíberos frente a la disciplina, armamento y -por qué no decirlo, probablemente el número- de los legionarios, las fuentes explican claramente que los celtíberos, en casos graves, no recurrían a la guerrilla, a las tácticas de golpear a distancia y desaparecer, sino precisamente a todo lo contrario: la carga cerrada y desesperada, adoptando una formación, la *cuña*, que por otro lado era utilizada en la batalla campal por otros ejércitos regulares de la antigüedad mediterránea, caso de la caballería macedónica o tesalia por ejemplo (Moreno 2004, 116 con bibliografía adicional). Así, en 180 a.C. Fulvio Flaco, que debía entregar enseguida el mando al nuevo gobernador Tiberio Sempronio Graco, se enfrentó a otra emboscada-batalla campal en el *Saltus Manlianus* (¿en algún punto del Valle del Jalón?). En este caso, dice Livio (40, 40): "Los celtíberos, cuando se dieron cuenta de que en una batalla regular y con las filas ordenadas eran inferiores a las legiones, lanzaron una carga en formación de *cuña*, [ubi ordinata acie et signis collatis se non esse pares legionibus senserunt, cuneo impressionem fecerunt], táctica de combate en la que su fuerza es tal que no hay posibilidad de resistirlos, sea cual sea el terreno al que los lleve su empuje. También en esta ocasión crearon desconcierto en las legiones, y a punto estuvo de producirse un corte en el frente... [tunc quoque turbatae legiones sunt, prope interrupta acies]" (trad. J.A. Villar, BCG). Ciertamente aquí la imagen que se obtiene es una batalla campal muy reñida con un bando más organizado y estructurado que el otro; pero la carga en *cuña* es una formación táctica reconocible y propia de infantería pesada, no un ataque de guerrilla. Las cifras de bajas celtíberas son poco creíbles para el propio Livio: "se dice que aquel día fueron muertos 17.000 enemigos...", pero la precisión y volumen de las bajas propias indica una batalla muy reñida: 472 legionarios ciudadanos, 1.019 *socii* latinos y 3.000 auxilia locales, esto es, 4.491 hombres, una cifra muy elevada para un ejército de unos 30.000 hombres.

Al año siguiente, en el 179 a.C., el nuevo gobernador de la Citerior, Graco, tuvo que emplear una mezcla de diplomacia, asedios formales y batallas campales para quebrar la resistencia cel-

tibera. Livio (40, 50) menciona una nueva gran batalla librada en el *mons Chaunus*, cerca de Ercávica³¹, de larga duración y muy dura con muchas bajas por ambos bandos (*prima luce ad sextam horam diei signis collatis pugnasse, multos utrimque cecidisse*). De hecho, la batalla quedó indecisa y continuó al día siguiente, con los celtiberos refugiados en su campamento fortificado durante la noche. La continuación de la batalla fue finalmente victoriosa para Roma, una victoria decisiva aunque la cifra de bajas celtiberas que da Livio (40, 50, 5) de 22.000 caídos y 300 prisioneros con 72 enseñas es imposible por su magnitud y desproporción, de acuerdo a la PMI (también Pérez Vilatela 1992,16).

Estas victorias de Graco mantuvieron según Livio tranquila la *Citerior* hasta la llegada del propretor Apio Claudio en 174. La sublevación celtibera comenzó con un ataque por sorpresa sobre el campamento del gobernador que fracasó pese a que la presión de los celtiberos en orden cerrado casi impidió el despliegue de la línea romana. El fracaso fue de tal calibre que la 'rebelión' murió apenas nacida (Livio 41, 26). Desde entontes, y hasta la campaña de 153, la situación en la *Citerior* fue básicamente de paz.

Sobre las batallas a gran escala de Nobilior y Marcelo en 153-152 se ha hablado ya y no recogeremos de nuevo la evidencia de batallas en campo abierto. Pero en 143 a.C. estallaron de nuevo los conflictos en la Celtiberia, y de nuevo las fuentes, leídas sin sesgo, nos hablan de grandes batallas campales. Así, en el año 141 a.C., se libró en Celtiberia una campaña en la Quinto Pompeyo Aulo no se cubrió de gloria precisamente (Apiano *Iber.* 76), y que culminó en una batalla en la que ambos bandos 'combatieron ordenados en formación de combate [*ton polemion ektaxamenois*] con una suerte incierta y sólo la noche les separó' (*Iber.* 77). A partir de aquí nos falta Livio -en realidad desde la campaña de 153-, y hemos de conformarnos con sus epitomistas y con fuentes por lo general menos detalladas, en especial Apiano como se ha visto ya. En todo caso el tenor sigue siendo similar. Así, los romanos sufrieron sucesivos fracasos ante Numancia en 140 a.C. (Pompeyo), 138 a.C. (Popilio Lenas), 137 a.C. (Mancino); y sólo el traslado a *Hispania* de Publio Cornelio Escipión Emiliano en 134 a.C. comenzó a restaurar la situación para Roma. Y en este contexto nos parece extremadamente significativo que Apiano insista (*Iber.* 90-91) en que, mientras que tendía su dogal de fortificaciones en torno a Numancia, nada glorioso en principio pero eficaz, 'a los numantinos, que con frecuencia salían fuera de

la ciudad en orden de combate (*ektassontôn*, s.v. *LS 'to draw out in battle-order'*) y le provocaban a la lucha, no les hacía caso alguno, porque consideraba más conveniente cerrarlos y reducirlos por hambre que entablar un combate con hombres que luchaban en situación desesperada' (trad. A. Sancho, BCG). Tomada la ciudad de Numancia, Apiano vuelve a la carga sobre el mismo tema (*Iber.* 97): "Cuan grande no era el último general que les cercó con 60.000 hombres y al que invitaron al combate en numerosas ocasiones!".

Las fuentes arqueológicas no pueden ser tan precisas en cuestiones de táctica como las literarias, pero conviene al menos recordar que el estudio de la panoplia depositada en las necrópolis celtibéricas, con su abundancia de espadas y lanzas empuñadas, la ausencia de puntas de flecha y glandes de honda, y la aparición de armamento defensivo como escudos, cascos metálicos (Barril 2003; Quesada 1997, 442 ss.) - la mayoría capturados, v. *supra*-, junto con los textos genéricos bien conocidos de Diodoro y Estrabón que aluden a la protección corporal de cuero o textiles (en último lugar, Quesada 2003, 89, Tabla 1), no sólo no milita en contra de la idea de que los celtiberos podían combatir en formación densa, sino que apoya por el tipo de panoplia lo que nos dicen las fuentes literarias, incluyendo la presencia de una numerosa caballería. No insistiremos aquí en la descripción arqueológica que ya se ha hecho bien en otros lugares (Lorrio 1993, 1994, 1994b, 2002, 2004 para trabajos de conjunto, ver n. 1 para otros específicos); sólo insistiremos en la clara compatibilidad del armamento celtibero con el tipo de guerra que describen las fuentes y que hemos analizado en detalle en las páginas anteriores (Quesada 1997, 653-655). En absoluto puede defenderse ya, como lo hacía García-Gelabert (1989, 70) de manera a nuestro juicio simplista, que "el armamento usado por los hispanos era simple y ligero, adecuado a un estilo de combate, muy particular... En las contiendas no se exponían frente al enemigo en grandes ejércitos (*sic*), sino que utilizaban el sistema de guerrillas, con gran movilidad, lanzándose al combate en tropel, saltando según su costumbre".

Ciertamente que hay fuentes genéricas referidas a la forma de combatir de los pueblos celtibéricos que aluden a la ligereza comparativa de su armamento (Diodoro 5, 33), pero Diodoro también se molesta en especificar que son infantes excelentes por su empuje y resistencia, además de producir buena caballería (*hippeis agathous, alla kai petzousparechesthai diaphorous tais alkais tais karteriais*). Más aún, Diodoro insiste (5, 34) en que los Lusitanos son muy inferiores a los Celtiberos en el combate cerrado (5, 34). En cuanto a las arengas en que los generales

³¹ Suele identificarse el monte con el Moncayo, cf. Pérez Vilatela (1992, 14)

romanos enfatizan el carácter endeble y traidor de sus enemigos, corresponden a un tópico oratorio bien conocido y estudiado en el caso de los iberos Indíbil y Mandonio, descritos como de '*regiae nobilitatis...*' (Livio 28, 27-28) cuando están a favor de Roma, y como '*latronumque duces*' cuando se revuelven contra ella (Livio, 28, 32, 9). El mismo texto polibíánico tantas veces citado alusivo a la 'guerra de fuego' indica expresamente un tipo de batalla totalmente diferente a la escaramuza o al rápido golpe de mano característico de las guerrillas: "*en realidad los combates los cesaba la noche pues los soldados, llevados por su coraje, resistían tenazmente y no querían ceder en el cuerpo a cuerpo, por extenuados que estuvieran...*" (Suda=Polibio 35, 1).

Hay muy pocos textos que específicamente insistan en la incapacidad de los celtíberos para combatir como infantería de línea; el único que reconocemos es el de Apiano (*Iber.* 51), referido a la campaña de Luculo contra los vacceos en 151 a.C., que Apiano incluye entre los Celtíberos -cosa que hoy en día no suele admitirse en sentido estricto (Burillo 1998, 201 ss). En este contexto, Apiano escribe "*Tuvo lugar también un combate en regla (parataxis) y los de Cauca, semejantes a tropas de infantería ligera (psiloi, i.e., infantería ligera pura sin defensa corporal, no peltastas³²) resultaron vencedores durante un cierto tiempo, hasta que se les agotaron los dardos. Entonces huyeron, pues no estaban acostumbrados a resistir a pie firme el combate...*" (trad. A. Sancho, BCG). La descripción de los vacceos como *psiloi* es un *unicum*, y en todo caso siempre queda la cuestión de que se trata de un pueblo occidental, quizá emparentado pero no propiamente celtíbero, que pudo desarrollar modelos de guerras menos elaborados que sus vecinos orientales³³.

En conjunto, pues, los ejércitos celtíberos, bien por pueblos individuales, bien por coaliciones, se comportaron -si leemos las fuentes con detenimiento, sin prejuicios, y sin necesitar mezclar a los celtíberos con iberos o lusitanos-, como ejércitos organizados, dotados de contingentes mixtos de infantería de línea, ligera y, de caballería, agrupados por ciudades, y que luchaban habitualmente en batalla campal, sin duda no con la disciplina y organización típica de las legiones romanas, pero tampoco como 'bandas y guerrillas' en la denominación tradicional que ha hecho fortuna. Eran bien capaces de poner en aprietos a legiones veteranas en *acies instructa*, hasta el punto de que los mejores generales romanos evitaron los riesgos de una batalla campal. Los celtíberos utilizaron en su ventaja el conocimiento del terreno, pero ni por tamaño de los contingentes, ni por estructura, ni por táctica, podemos seguir pensando en una guerra de guerrillas irregular en el sentido clásico del término, con tácticas de ocultación, de evitación del combate cuerpo a cuerpo, y el empleo de contingentes muy reducidos. Y ello, si tenemos en cuenta lo que sabemos sobre otros aspectos de una sociedad como la celtíbera, con organismos políticos definidos, base urbana, economía y comercio complejos, etc., no es de extrañar. Lo verdaderamente extraño sería que una sociedad compleja como ésta llevara a cabo una actividad social -tipo de guerra- de nivel mucho más primitivo que en las demás facetas de esa misma actividad social global. En este sentido, la pervivencia de algunas instituciones guerreras arcaicas entre los pueblos célticos de la Meseta durante el s. III a.C. (Almagro Gorbea 1997; Almagro-Gorbea, Lorrio 2004) no debe ocultar la esencial transformación social de base urbana que hemos visto en Segeda, y en la que el propio Almagro insiste (1997, 219) aunque sin llevarla a su consecuencia última lógica³⁴.

³² No entendemos cómo Pérez Vilatela (1999:232) escribe 'peltastas' en lugar de 'psiloi' que es lo que dice Apiano (*Iber.* 51). En terminología militar griega son dos tipos de tropa diferentes: los peltastas son tropas de uso mixto, con escudo, capaces de combatir en guerrilla o en formación; los psiloi son infantes ligeros puros (cf. Arriano, *Tact.* 3, 1-4; Asclepiodoto. *Tact.* 1.2; Eliano, *Tact.* 2.8). Ver las diferencias en Quesada (e.p.).

³³ Sobre las guerras de los vacceos, Pérez Vilatela (1999).

³⁴ "Aunque la continuidad de la estructura gentilicia no permitió la existencia de un ejército ciudadano de tipo hoplítico, no desde el punto de vista del armamento y las tácticas guerreras, no todavía menos de su organización social, en este contexto urbano la guerra varió considerablemente, pues pasó de afectar a grupos familiares o a poblados próximos, a resolver los conflictos surgidos entre grupos étnicos o entre ciudades estado..." (Almagro Gorbea, 1997, p. 219). Lo cierto es que hay indicios, tácticos y de otro tipo, que permiten pensar en una organización militar más elaborada de lo que venimos aceptando, incluyendo alianzas entre ciudades con ejércitos conjuntos (Ciprés 1993, p. 102); el término 'ejército protourbano' empleado en el más reciente trabajo de Almagro-Gorbea y Lorrio (2004, p. 101) es adecuado e incluso quizá quede corto en el sentido de mantener cierta visión tradicional en lo referente a las tácticas.

Bibliografía.

AGUILERA Y GAMBOA, E., Marqués de Cerralbo (1911, Inéd.) *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*. 5 vols.

ALMAGRO GORBEA, M. (1994) "Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil". *La moneda hispánica. Anejos de AEspA* 14, Madrid, pp. 53-64.

ALMAGRO GORBEA, M. (1997) "Guerra y sociedad en la Hispania céltica". *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid, pp. 207-221.

ALMAGRO GORBEA, M. (2001) "Aproximaciones a la demografía de la Celtiberia". L.Berrocal, P.Garces (eds.) *Procesos de poblamiento y evolución social en Iberia*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Madrid, pp. 45-60.

ALMAGRO GORBEA, M. (2005) "Ideología ecuestre en la Hispania prerromana". *Gladius* 25, pp. 151-186.

ALMAGRO GORBEA, M. ; BLAZQUEZ, J.M. (eds.) (1999) *Las guerras cántabras*. Santander, Fundación M. Botín.

ALMAGRO GORBEA, M. ; DAVILA, A.F. (1995) "El área superficial de los oppida en la Hispania 'céltica'". *Complutum* 6, pp. 209-233.

ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO, A. (2004) "War and society in the Celtiberian World". *E-Keltoi* 6, 73-112

ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES, M. (1999) *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres en la Hispania Céltica*. Zaragoza.

ALONSO NUÑEZ, J.M. (1979) "Les informations de Posidonius sur la Péninsule Ibérique". *L'Antiquité Classique* 48, pp. 639-646.

ALVAREZ SANCHIS, J.R.; RUIZ ZAPATERO, G. (2001) "Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro". L.Berrocal, P.Garces (eds.) *Procesos de poblamiento y evolución social en Iberia*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Madrid, pp. 61-75.

AREVALO GONZALEZ, A. (2003) "La moneda hispánica del jinete ibérico: estado de la cuestión". F. Quesada, M. Zamora (eds.) *El caballo en la antigua Iberia*. Madrid, pp. 63-74.

ARGENTE OLIVER, J.L.; DIAZ, A.; BESCOS, A. (2001) *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*. Arqueología en Castilla y León, 9. Valladolid.

ASENSIO ESTEBAN, J.A. (1995) *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*. Zaragoza.

AYARZAGUENA SANZ, M. (1992) *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el s. XIX*. Tesis Doctoral en Microficha. UNED. Madrid.

BAQUEDANO BELTRAN, I.; CABRE DE MORAN, M.E. (1997) "Caudillos celtas y armamento de parada". *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid, pp. 261-269.

BARONOWSKI, D.W. (1993) "Roman military forces in 225 B.C. (Polybius 2,23-24)". *Historia* 42,2, pp.181-202.

- BARRIL VICENTE, M. (2003) "Cascos hallados en necrópolis celtibéricas conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid". *Gladius* 23, pp. 5-60.
- BELTRAN LLORIS, F. (1988) "Las guerras celtibéricas". F. Burillo *et al.* (eds.). *Celtíberos*. Zaragoza, pp. 127-137.
- BERMEJO BARRERA, J.C. (1981) "La función guerrera en la mitología de la Gallaecia Antigua. Contribución a la sociología de la cultura castreña". *Zephyrus* 32-33, pp. 264-275.
- BERROCAL RANGEL, L. (2004) "La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica". *Gladius* 24, pp. 27-98.
- BERROCAL RANGEL, L.; GARDES, P. (eds.) (2001) *Entre Celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Madrid.
- BLAZQUEZ MARTINEZ, J.M. (1974) *La Romanización*. I. Madrid.
- BLECH, M. (2002) "La aportación de los arqueólogos alemanes a la arqueología española". En *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones. Serie Cursos y Conferencias*, 3. Museo de San Isidro, Madrid, pp. 83-117.
- BURILLO MOZOTA, F. (1998) *Los Celtíberos. Etnias y Estados*. Barcelona, Crítica.
- BURILLO MOZOTA, F. (2003) "Segeda, arqueología y sinecismo". *AEspA* 76, pp. 193-215.
- BURILLO MOZOTA, F. (2005) "Segeda". En *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Soria, pp. 145-152.
- BURILLO MOZOTA, F. (e.p.) "Aproximación a la demografía de la ciudad celtibérica de Segeda I".
- CABRE DE MORAN, M.E. (1990) "Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas". F. Burillo (ed.) *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos*, Zaragoza, pp. 205-224.
- CABRE DE MORAN, M.E.; BAQUEDANO BELTRAN, I. (1997) "El armamento céltico de la II Edad del Hierro". *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid, pp. 240-259.
- CABRE DE MORAN, M.E.; BAQUEDANO BELTRAN, M.I. (1991) "La guerra y el armamento". *Revista de Arqueología. Num. Monográfico Los Celtas*. Madrid, pp. 58-71
- CABRE DE MORAN, M.E.; MORAN CABRE, J.A. (1984) "Notas para el estudio de las espadas de tipo Arcobriga". *J.Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de Homenaje*. Zaragoza, pp.151-162.
- CABRE DE MORAN, M.E.; MORAN CABRE, J.A. (1989) "Puñales celtibéricos con empuñadura de triple chapa plana y pomo con antenas". *Actas II Symposium de Arqueología Soriana* 2. Soria, pp. 389-398.
- CABRE DE MORAN, M.E.; MORAN CABRE, J.A. (1991) "Puñales dobleglobulares con probable simbología astral en el pomo de la empuñadura". *XX CNA*. Zaragoza, pp. 341-346.
- CARO BAROJA, J. (1975) *Los Pueblos de España*. Madrid.

- CARO ROLDAN, J.M. (2000) "Una aproximación a la naturaleza del ver sacrum". *Gerion* 18, pp. 159-190.
- CIPRES, P. (1990) "Sobre la organización militar de los celtíberos: la *iuventus*". *Veleia* 7, pp. 173-187.
- CIPRES, P. (1993) *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Anejos de Veleia, Serie minor, 3. Vitoria.
- CIPRES, P. (1994) "Guerra y sociedad entre los celtíberos en época prerromana". M.C. González, N. Santos (eds.) *Las estructuras sociales...* 23-34 Vitoria-Gastéiz
- CIPRES, P. (2002) "Instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica". P. Moret, F. Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*. Madrid, pp. 135-152.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1999) "Schulten y el 'carácter tartesio'". En J. Arce, R. Olmos (eds.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, pp. 145-148.
- DELBRÜCK, H. (1920, reed. 1990) *Warfare in Antiquity*. History of the Art of War, vol. I. Lincoln & London.
- DIAZ ANDREU, M. (1995) "Archaeology and Nationalism in Spain". En P.L. Kohl y C. Fawcett (eds.) *Nationalism, politics and the practice of archaeology*. Cambridge, pp. 39-56.
- DIAZ ANDREU, M. (2002) *Historia de la Arqueología. Estudios*. Madrid.
- De VRIES, K. (1997) "Catapults are not Atomic Bombs: towards a redefinition of 'effectiveness' in premodern military technology". *War in History* 4.4, pp. 454-470.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. (1988) "Los romanos e Iberia como tema histórico en la 'Geografía' de Estrabón". *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, vol. I. Málaga, pp. 177-183.
- ENGELS, D.W. (1978) *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian Army*. Berkeley-London.
- FERNANDEZ CANOSA, J.A. (1987) "As maneiras de combate na Lusitania". *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 27, pp. 149-159.
- FERNANDEZ CANOSA, J.A. (1988) "Rutura das Hostilidades, Alianza e Paz e Fides na Hispania pre-romana. instituições de guerra". *Actas Ier Congreso Peninsular de Historia Antigua, 1986*, II. Santiago de Compostela, pp. 239-248.
- FERNANDEZ DE MATA, I. (1995) "La Geografía de Estrabón. De la descripción etnográfica a la interpretación antropológica (1)". *Revista de Folklore*, 178, pp. 111-114.
- FILLOY NIEVA, I. (2002) "Los puñales con empuñadura globular-de frontón en la necrópolis de la II Edad del Hierro de La Hoya (Laguardia, Alava)". *Gladius* 22, pp. 57-72.
- FILLOY NIEVA, I.; GIL ZUBILLAGA, E. (1997) "Las armas de las necrópolis celtibéricas de Carasta y la Hoya (Alava, España). Tipología de sus puñales y prototipos del pugio". M. Feugère (ed.) *L'équipement militaire et l'armement de la République*. *JRMES* 8, pp. 137-150.

- GARCIA HUERTA, M.R. (1997) "La guerra entre los pueblos célticos. Las fuentes literarias grecolatinas". En *La guerra en la Antigüedad*. Madrid, pp. 223-229.
- GABRIEL, R.A.; METZ, K.S. (1991) *From Sumer to Rome. The military capabilities of Ancient Armies*. London, Greenwood.
- GARATE CORDOBA, J.M. (1970) "La Hispania indómita. Las guerrillas celtíberas como antecedente para la historia del ejército español". *Revista de Historia Militar* 14, pp. 21-40.
- GARATE CORDOBA, J.M. (1971) "La Hispania Indómita II". *Revista de Historia Militar* 15, pp. 7-39.
- GARATE CORDOBA, J.M. (1981) *Historia del Ejército Español. I. Los Orígenes*. Madrid.
- GARCIA FERNANDEZ-ALBALAT, B. (1990) *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania Antiguas*. La Coruña.
- GARCIA FERNANDEZ-ALBALAT, B. (1993-94) "La diosa Erbina, la soberanía guerrera femenina y los límites entre igaeditanos y vetones". *Conimbriga* 32-33, pp. 383-401.
- GARCIA HUERTA, M.R. (1997) "La guerra entre los pueblos célticos. Las fuentes literarias grecolatinas". *La Guerra en la Antigüedad* 223-229 Madrid
- GARCIA TEIJEIRO, M. (1999) "El hombre de la lanza de plata". Homenaje al Profesor Montenegro. *Estudios de Historia Antigua*. Valladolid, pp. 257-268.
- GARCÍA-GELABERT, M.P. (1989) "Estudio del armamento prerromano en la península ibérica a través de los textos clásicos". *Espacio, tiempo y forma, Serie II, Historia Antigua*, 2, pp. 69-80.
- GARCIA-GELABERT, M.P. (1999) "La caballería entre los pueblos de la Hispania prerromana". *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*. Valladolid, pp. 293-303.
- GARCIA MORENO, L. (2000) *De Gerión a César. Estudios históricos y filológicos de la España indígena y romano-republicana*. Alcalá de Henares.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1989) "Tumbas con puñales de tipo Monte Bernorio en la necrópolis de San Martín de Utero". *Actas II Symposium de Arqueología Soriana II* Soria, pp. 367-388.
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1945) "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma". Discurso de ingreso leído ante la Real Academia de la Historia. Madrid.
- GOLDSWORTHY, A.K. (1996) *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*. Oxford.
- GOLDSWORTHY, A. (2003) *The Complete Roman Army*. London.
- GOMEZ ESPELOSIN, F.J. (1993) "La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico". *Habis* 24, pp. 105-124.
- GOMEZ FRAILE, J.M. (1999) "Mercenariado y bandolerismo en Celtiberia. Dos cuestiones desenfocadas". F. Burillo (ed.), *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Zaragoza, pp.503-509.
- GRACIA ALONSO, F. (2003) *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Barcelona.

- GRACIA ALONSO, F.; MUNILLA, G.; GARCIA,E.; PLAYA,R.M.; MURIEL, S. (1996) "Demografía y superficie de poblamiento en los asentamientos ibéricos del NE. peninsular". *Homenaje a M. Fernández Miranda. Complutum Extra* 6.2, pp. 177-191.
- GUERRA (1997) *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania. Catálogo de la exposición*, Madrid, Abril-Junio 1997. Madrid
- HANSON, V.D. (1989) *The Western way of war. Infantry Battle in Classical Greece*. London.
- HANSON, V.D. (1998, ed.or.1983) *Warfare and Agriculture in Classical Greece*. Berkeley-Los Angeles-London
- HANSON, V.D. (1999) "The status of Ancient Military History: traditional work, recent research and ongoing controversies". *The Journal of Military History* 63.2, pp. 379-413.
- HANSON, V.D. (ed.) (1991) *Hoplites. The classical Greek Battle Experience*. London-New York
- HERNANDEZ GUERRA, L.; SOLANA SAINZ, J.M. (1999) "Armas y útiles celtibéricos procedentes de Uxama (Burgo de Osma, Soria) depositadas en el Museo del Ejército de Madrid". *Estudios en homenaje al Prof. Dr. García Guinea, Sautuola* 6, pp. 307-310.
- HILDINGER, E. (2002) *Swords against the Senate. The Rise of the Roman Army and the Fall of the Republic*. Cambridge Ma.
- HOZ, J. de (2001) "La etnografía de los pueblos de Iberia en Diodoro V, 33-34 y el problema de sus fuentes". *Epieikeia. Homenaje al Profesor Jesús Lens Tuero*. Pp. 221-238.
- IRIARTE CORTAZAR, A.; GARCIA,M.L.;FILLOI,I.;GIL,E.;SESMA,J. (1996) "El depósito de armas de La Azucarera (Alfaro, La Rioja)". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 4, pp. 173-194 .
- JIMENO MARTINEZ ; A.; DE LA TORRE, J.I.; BERZOSA, R.; MARTINEZ, J.P. (2004) *La Necrópolis celtibérica de Numancia*. Memorias de Arqueología en Castilla y León 12 s.l.
- JIMENO MARTINEZ, A.; TABERNERO GALAN, C. (1996) "Origen de Numancia y su evolución urbana". *Complutum Extra* 6 (1), pp. 415-432.
- KEEGAN, J. (1978) *The Face of Battle*. London.
- KEEGAN, J. (1995 ed. orig.1993) *Historia de la Guerra*. Barcelona.
- KEELEY, L.H. (1996) *War before civilization*. New York-Oxford.
- KRENTZ, P. (1985) "Casualties in Hoplite Battles" *Greek, Roman and Byzantine Studies* 26.1, pp. 13-20.
- KROMAYER, J.; VEITH, G. (1912) *Antike Schlachtfelder. Bausteine einer antiken Kriegsgeschichte*, Berlin III 1 und 2.
- KROMAYER, J.; VEITH, G. (1928) *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*. Handbuch der Altertumwissenschaft IV, 3, München.
- LAZENBY, J.F. (1978) *Hannibal's War*. Warminster.
- LENERZ DE WILDE, M. (1991) *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenaenhalbinsel*. I-II. Stuttgart.

- LOMAS, F.J. (1982) "Bárbaros y barbarie en Estrabón". *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*. Jaén, pp. 15-27.
- LOPEZ DE SEBASTIAN, J. (1968) *Reforma agraria en España. Sierra Morena en el s. XVIII*. Madrid.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (1993) "El armamento de los celtas hispanos". En M. Almagro Gorbea (ed.): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid, pp. 285-326.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (1994) "La evolución de la panoplia celtibérica". *MM* 35, pp. 212-258.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (1994b) "L'armement des Celtibères: phases et groupes". *Actes XIV Colloque AFEAF, Agen 1992*. En *Aquitania* 12, pp. 391-414.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (1997) *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7. Madrid.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (2002) "Problemas de cronología en la panoplia celtibérica". P. Moret, F. Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*. Madrid, pp. 65-85.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (2004) "Juan Cabré y el armamento de la Edad del Hierro céltica". J. Blázquez, B. Rodríguez (eds.). *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947)*, pp. 263-297.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (2005) "Elites guerreras celtibéricas". En *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Soria, pp. 271-278.
- LUVAAS, J. (2001) "Military history: is it still practicable?". <http://www.es.amedd.army.mil/acv/appendixa.html>
- MONTENEGRO, A. (1986) "La conquista de Hispania por Roma". En *Historia de España menéndez Pidal*, II.1, 5-192. Madrid.
- MORA, G.; DIAZ ANDREU, M. (eds.) (1997) *La Cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Málaga.
- MORENO, J.J. (2004) "La caballería macedónica: teoría y práctica". *Gladius* 24, pp. 109-122.
- MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (eds.) (2002) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.de C.)*. Collection de la Casa de Velázquez 78 Madrid
- MUÑIZ COELLO, J. (1995) "Guerra y paz en la España Céltica. Clientes y hospites a la luz de las fuentes literarias". *Hispania Antiqua* 19, pp. 15-36.
- OLMOS, R. (1999) "A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XX". En J. Arce, R. Olmos (eds.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, pp.135-144.
- PARCERO OUBIÑA, C. (1997) "The invisible warrior: warfare and archaeology in the Indoeuropean Iron Age". *Landscape, Archaeology, Heritage*. TAPA 2, pp. 35-39.
- PASAMAR ALZURIA, G.; PEIRO, I. (1991) "Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)". En J. Arce, R. Olmos (eds.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, pp.73-77.
- PERALTA LABRADOR, E. (1990) "Las cofradías guerreras indoeuropeas en la España Antigua". *El Basilisco* 3, 49-66.

- PERALTA LABRADOR, E. (1991) "Confrères guerrières indo-européennes dans l'Espagne ancienne". *Etudes indo-européennes* 10, pp. 71-123.
- PEREZ VILATELA, L. (1992) "Cuestiones de Historia antigua y toponimia turiasonense: la batalla del Moncayo (179 a.C.)". *Turiaso* 10.1, pp. 9-20.
- PEREZ VILATELA, L. (1999) "Vacceos en guerra (220-29 a.C.)". *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*. Valladolid, pp. 223-241.
- PIONEROS (2004) *Pioneros de la arqueología en España*. Catálogo de la Exposición. S.I.
- QUESADA SANZ, F. (1990) "Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia". F. Burillo (ed.) *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos* Daroca 1988. Zaragoza, pp. 231-240.
- QUESADA SANZ, F. (1996) "La imagen de la Antigüedad hispana en la plástica española del s. XIX". En R. Olmos (ed.) *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid, pp.211-238.
- QUESADA SANZ, F. (1997) *El Armamento Ibérico*. 2 vols. Monographies Instrumentum 3. Montagnac.
- QUESADA SANZ, F. (1998) "Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera 'caballería' en la Cultura Ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes". C. Aranegui (ed.) *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Actas del Congreso Internacional*. Barcelona, pp. 169-183.
- QUESADA SANZ, F. (2002) "La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos". P. Moret, F. Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*, Madrid, pp. 35-64.
- QUESADA SANZ, F. (2002-2003) "Innovaciones de raíz helenística en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el s. III a.C.". M. Bendala, P. Moret, F. Quesada (eds.), *Formas e imágenes del poder...* CuPAUAM 28-29, pp. 69-94.
- QUESADA SANZ, F. (2003) "La guerra en la comunidades ibéricas (c. 237-c. 195 a.C.): un modelo interpretativo". A. Morillo, F. Cadiou, D. Hourcade (eds.) *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. León, Madrid, pp. 101-156.
- QUESADA SANZ, F. (2003b) "¿Espejos de piedra?. Las imágenes de armas en las estatuas de los guerreros llamados galaicos". *Madrid Mitteilungen* 44, pp.87-112.
- QUESADA SANZ, F. (2005) "Patterns of Interaction: 'Celtic' and 'Iberian' weapons in Iron Age Spain". W. Gillies, D.W. Harding (eds.) *Celtic Connections* 2, Edinburgh pp. 56-78.
- QUESADA SANZ, F. (e.p.) "Not so different: Individual fighting techniques and battle tactics of Roman and Iberian armies within the framework of Warfare in the Hellenistic Age". Actas del Coloquio internacional *L'Hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260-180 av. J.-C.)* Université de Toulouse-Le Mirail, Maison de la Recherche. 31 Mars-2 avril 2005.
- QUESADA SANZ, F. (e.p. b) "Las armas del legionario romano en época de las Guerras Púnicas: influencias hispanas y formas de combate". En P. Fernández Uriel (ed.) *Armas, legiones y limes: el ejército romano. Espacio, Tiempo y Forma (Historia Antigua)*.

- QUESADA SANZ, F. (e.p. c) "Flexibilidad y adaptación: armamento indígena y armamento romano republicano en Iberia". En A. Morillo (ed.) *II Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León.
- QUESADA SANZ, F.; ZAMORA MERCHAN, M. (eds.) (2003) *El caballo en la antigua Iberia*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 19. Madrid.
- RAMIREZ SANCHEZ, M. (2005) "Clientela, hospitium y devotio". En *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Soria, pp. 279-284.
- ROLDAN HERVAS, J.M.; WULFF ALONSO, F. (2001) *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*. Historia de España Istmo III. Madrid.
- ROSENSTEIN, N. (2002) "Marriage and Manpower in the Hannibali War: assidui, proletarii and Livy 24,18,7-8". *Historia* 51,2, pp. 163-191.
- ROSENSTEIN, N. (2004) *Rome at War. Frms, Families and Death in the Middle Republic*. Univ. of North Carolina Press.
- ROTH, J. (1994) "The size and organization of the Roman Imperial Legion". *Historia* 43.3, 346-362.
- RUIZ RODRIGUEZ, A. (2000) "El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes". C. Mata, G. Pérez (eds.) *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum Extra* 3, pp. 11-20.
- RUIZ VELEZ, I. (2005) "La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)". *Gladius* 25, pp. 5-82.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1996) "Celts and Iberians. Ideological manipulations in Spanish Archaeology". En P. Graves-Brown, S. Jones, C. Gamble (eds.) *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. London, pp.179-195.
- SABIN, P. (2000) "The face of Roman Battle". *Journal of Roman Studies* 90, pp. 1-17.
- SALAZAR, C.F. (2000) *The treatment of war wounds in Graeco-Roman Antiquity*. Leiden, Brill.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1986) *Conquista y Romanización de Celtiberia*. Salamanca.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1998) "Sobre la caballería de los celtíberos en relación con su organización social". *Hispania Antiqua* 22, pp. 75-87.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1999) "En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana". F. Villar, F. Beltrán (Eds.), *VII LCPPI*. Salamanca, pp. 281-293.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1999b) "De Polibio a Estrabón. Los celtas hispanos en la historiografía clásica". *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*, Valladolid, pp. 191-203.
- SALINAS DE FRIAS (2001) "Fides, hospitium y clientela en Hispania". F. Villar, M.P. Fernández (eds.), *Religión, lengua...* VIII LCPPI, Salamanca 1999, pp. 241-255.
- SALINAS DE FRIAS, M. (2005) "Las guerras celtibéricas". En *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. 427-434 Soria

- SANCHEZ MESEGUER, J.L.; QUESADA SANZ, F. (1992) "La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)". J. Blázquez, V. Antona (eds.). *Necrópolis ibéricas*. Madrid, pp. 349-397.
- SANCHEZ MORENO, E. (2001) "La guerra como estrategia de interacción social en la Hispania romana: Viriato, jefe redistributivo (I)". *Habis* 32, pp. 149-169.
- SANCHEZ MORENO, E. (2002) "Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (y II)". *Habis* 33, pp. 141-174.
- SANCHEZ MORENO, E. (2002-2003) "El botín de Viriato: Guerra y sociedad en Lusitania". *Homenaje a la Dra. Dña. Encarnación Ruano, BAEAA* 42, pp. 305-331.
- SANCHEZ MORENO, E. (2005) "Warfare, redistribution and society in western Iberia". M.P.Pearson, I.J.N.Thorpe (eds.) *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*, BAR 1374, Oxford pp.107-125.
- SANCHEZ MORENO, E. (2005b) "Caballo y sociedad en la Hispania Céltica: del poder aristocrático a la comunidad política". *Gladius* 25, pp. 237-264.
- SANCHEZ-CORRIENDO JAEN, J. (2000) "Bandidos lusitanos o pastores trashumantes?. Apuntes para el estudio de la trashumancia en Hispania". *Hispania Antiqua* 21, 69-92.
- SANMARTI, J. (2002) "Territoris i escales d'integració política a la costa de Catalunya durant el període ibèric ple (segles IV-III a.C.)" A. Martín, R. Plana (eds.) *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro*. Girona, pp. 23-38.
- SANMARTI, J.; BELARTE, C. (2001) "Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.)". L.Berrocal, P.Garces (eds.) *Procesos de poblamiento y evolución social en Iberia*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Madrid, pp. 161-174.
- SANZ MINGUEZ, C. (1990) "Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio". *BSAA* LVI, pp.170-188.
- SANZ MINGUEZ, C. (1998) *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6. Salamanca.
- SANZ MINGUEZ, C. (2002) "Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular". P.Moret, F.Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*. Madrid, pp. 87-133.
- SCHULTEN, A. (1914) *Numantia I. Die Keltiberer un ihre Kriege mit Rom*. München.
- SCHULTEN, A. (1920) *Hispania. Geografía, Etnología eHistoria*. Barcelona. (reed. 2004).
- SCHULTEN, A. (1937) *Las guerras de 154-72 a.C. Fontes Hispaniae Antiquae IV*. Barcelona.
- SCHULTEN, A. (1945) *Historia de Numancia*. Barcelona.
- SECO SERRA, I.; DE LA VILLA, J. (2003) "Fuentes literarias antiguas sobre los caballos en Hispania". F. Quesada, M. Zamora (eds.) *El caballo en la antigua Iberia* Madrid, pp. 125-140.

- SOLANA SAINZ, J.M. (1994) "Ensayo demográfico correspondiente a los años 153-133 a.C. (guerra celtibérica)". *Hispania Antiqua* 18, pp. 91-104.
- SOLANA SAINZ, J.M. (1994b) "Ensayo demográfico correspondiente a los años 153-133 a.C. (guerra lusitánica)". *Hispania Antiqua* 18, pp.105-118.
- SOPEÑA GENZOR, G. (1993) *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- STARY, P.F. (1994) *Zur Eisenzeitlichen bewaffnung und kampfesweise auf der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 18. Berlin.
- SUMNER, G.V. (1970) "The legion and the centuriate organization" *JRS* 60, 67-78.
- THOLLARD, P. (1987) *Barbarie et civilisation chez Strabon*. Paris.
- TORRE ECHAVARRI, J.I. de la (1998) "Numancia: Usos y abusos de la tradición historiográfica". *Complutum* 9, pp. 193-211.
- TORRE ECHAVARRI, J.I. de la; BERZOSA, R. (2002) "Tumbas inéditas de la necrópolis de Osma (Soria) en el Museo del Ejército". *Gladius* 22, pp.127-146.
- TOYNBEE, A.J. (1965) *Hannibal's Legacy. The Hannibalic War's effect on Roman Life*. I-II. Oxford.
- VALLEJO GIRVES, M. (1994) "El recurso de Roma al bandidaje hispano". *Espacio, Tiempo y Forma Serie II. Historia Antigua*, 7, pp. 165-173.
- WULFF, F. (2004) "Schulden. Historia Antigua, Arqueología y Racismo en medio siglo de Historia Europea". En F. Wulff (ed.) *Schulden. Historia de Numancia*. Pamplona.